RICARDO BAEZA

EL POEMA DEL CID



Biblioteca Billiken


00159411


Biblioteca
Billiken

POEMA DEL CID

BIBLIOTECA BILLIKEN

COLECCION ROJA

(ANTOLOGÍAS Y RESÚMENES)

ESTE LIBRO. – El POEMA DEL CID o CANTAR DE MIO CID es el primer monumento de la literatura castellana y la gesta de más sabor dramático y realista de cuantas ha producido el medioevo.

Se supone escrito hacia mediados del siglo XII, unos cincuenta años después de la muerte del héroe, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador. La mayor parte de los hechos que en él se narran son históricos, según ha podido comprobarse; y aun los dudosos, atribuídos a la imaginación del pueblo y del anónimo poeta que lo compuso, expresan con tal veracidad el ideal castellano y popular del héroe —llano, justo, desprendido, leal y valeroso sin jactancia— que su autenticidad, en un plano superior de la historia, es inequívoca y profunda.

La presente versión en castellano moderno, prosificada y reducida en parte, es obra del ilustre escritor Ricardo Baeza, que ha puesto en tal empeño no sólo el rigor crítico y de documentación que hacen digna de toda confianza una obra de esta especie, sino el tacto poético y la sensibilidad que distinguen a un escritor de su estirpe.



Raulito A. Rosetti
1 de Junio de 19..

ANONIMO

POEMA DEL CID

VERSION ACTUAL Y ADAPTACION

Por

RICARDO BAEZA

Ilustraciones de Guimar

TERCERA
EDICION

EDITORIAL
ATLANTIDA, S.A.
BUENOS AIRES

LIBRO DE EDICION ARGENTINA

Se acabó de imprimir el 14 de noviembre de 1952, en los Talleres de la Editorial Atlántida, Azopardo 579, Buenos Aires.

Poema del Cid

NOTA PRELIMINAR

El Cantar de Mio Cid *es el más antiguo monumento de las letras castellanas, al par que la obra capital de las canciones de gesta de nuestra literatura juglaresca, y su protagonista es el héroe máximo de la edad heroica castellana y de la reconquista cristiana en tierras españolas.* Dechado *de lealtad, de valor, de constancia, de iniciativa, de mesura y de buen sentido; tan ardido y tan hábil en la paz como en la guerra, justiciero, magnánimo, con la pasión de la fidelidad, el* Cid *se nos aparece como el perfecto modelo del caballero medieval a la vez que del caudillo, guerrero invicto y capitán infalible, y patriarca venerable, con una nota rural y aldeana, de campos, ganados y mieses, de hórreos, lagares, molinos y almazaras, tan celosamente atendidos como sus mesnadas, que acaban por conferirle una grandeza simbólica y un carácter nacional de genuino* duca *o* conductor *de hombres y pueblos, que se anticipa en siglos al concepto de patrias y naciones, y es ya un español típico y representativo.*

El poema, según los críticos más fidedignos, debió ser escrito aproximadamente unos cuarenta años después de la muerte del Cid, o sea, allá por 1140, desconociéndose quién fué su autor, aunque desde luego parece fué escrito en Castilla, en la región entre Medinaceli y Luzón, en la ruta de Burgos a Valencia, sobre cuya región se dan abundantes pormenores en el texto. Este llegó a nosotros en el manuscrito de Per Abbat (o Pedro Abad), que data de 1307, faltando en él tres hojas, una al principio del poema, otra a mediados de él y la tercera ya al final; pero los otros documentos de la época, y especialmente la Crónica de Veinte Reyes, *del siglo XIV, que es la que más se ajusta en su narración a nuestro poema, nos permite colegir lo que falta.*

El poema es sin duda una mezcla de historia y de leyenda, pero casi todos los hechos mencionados en él son confirmados por los demás documentos de la época, y aun los más sujetos a caución y que no aparecen en otras fuentes históricas, como son los referentes a las bodas de las hijas del Cid con los infantes de Carrión (que, por otra parte, constituyen el eje del poema), opina el más eminente de los historiógrafos del Cid, don Ramón Menéndez Pidal, que no deben ser rechazados de plano ni considerarse terminantemente como míticos, debiendo tenerse en cuenta: primero, que el autor escribió a poco tiempo de los sucesos y seguramente sobre tradiciones y testimonios orales fidedignos; y, segundo, que las investigaciones modernas no han hecho sino confirmar la veracidad de la mayor parte de los hechos y personajes traídos a cuento por el juglar. De las segundas bodas de las hijas del Cid, que se llamaron en realidad doña María y doña Cristina, hay en cambio confirmación histórica, y es seguro que la primera casó con el conde de Bar-

celona Ramón Berenguer III (considerado por el poeta como infante de Aragón), y la segunda con Ramiro, infante de Navarra, llegando a ocupar un hijo de éstos el trono de Navarra.

El poema, por otra parte, no comprende, ni mucho menos, todos los hechos de la historia y la leyenda del Cid, faltando, por ejemplo, todo lo que se refiere a sus mocedades y casamiento con doña Jimena, la hija del conde don Gómez de Gormaz, muerto en duelo por Ruy Díaz, sucesos que son objeto de otro poema primitivo dedicado exclusivamente a la juventud del héroe, que sirvió de cimientos a la obra dramática famosa de Guillén de Castro y a otras tragedias clásicas y románticas de las literaturas extranjeras, entre las cuales la más famosa es la de Corneille. Es de advertir a este propósito, que la Jimena Gómez que aparece en estas obras es más que probable que no existió nunca (por lo menos en la relación que se supone con el Cid), y la doña Jimena de la realidad y que aparece en el CANTAR DE MIO CID es Jimena Díaz, *de la más alta nobleza asturiana, de alcurnia regia, puesto que era bisnieta del rey Alfonso V de León y por lo tanto sobrina del propio Alfonso VI, que cumpliendo uno de los deberes del rey con respecto a sus vasallos nobles fué quien hubo de concertar el casamiento, y no precisamente en las mocedades del Cid, puesto que éste contaba a la sazón treinta años.*

Tampoco aparece para nada en el poema, ni se hace siquiera alusión a él, otro episodio de su vida que ha inspirado particular y magníficamente a los poetas populares del Romancero: la jura de Santa Gadea, en que Mio Cid toma solemne juramento al rey, como condición previa al juramento de vasallaje que habrán de prestarle luego los nobles castellanos, de que no ha tenido arte ni parte en la muerte de su hermano San-

cho II el Fuerte, rey de Castilla, alevosamente asesinado por Vellido Adolfo en el cerco de Zamora.

Es de advertir también que el orden en que aparecen narrados los sucesos en el CANTAR *no es siempre el histórico, y que el enojo del rey contra Mio Cid y su destierro no tuvieron lugar una vez tan sólo, sino tres cuando menos. Aunque hombre de prendas singulares, don Alfonso, como infante mimado y mal criado que fuera, era sensible al halago y propenso a la envidia, sentimiento este último que sin duda corroboraba, en el caso particular del Cid, la invencibilidad de éste en el campo de batalla y de la suerte contraria que, en cambio, hubieron de tener a menudo las armas para don Alfonso. No es tampoco de extrañar que éste no echara nunca completamente en olvido que Ruy Díaz había sido alférez o portaestandarte de don Sancho, esto es, oficial mayor o jefe de sus huestes, y que en capacidad de tal le vencieron en la batalla de* LLANTADA *(julio de 1068), en que don Alfonso acabara huyendo del campo, y más tarde (primeros de enero de 1072) en la batalla de* GOLPEJERA, *en que don Alfonso fué hecho prisionero, y encadenado por don Sancho, que el 12 de dicho mes se hizo coronar rey de León en esta ciudad, juntando así nuevamente las coronas de León y Castilla. (Poco más tarde, sin embargo, debido a la intervención de doña Urraca, hermana de ambos, don Sancho dejó en libertad a don Alfonso, que fué a refugiarse en la corte del rey Mamún de Toledo, donde permaneció hasta su vuelta al trono, consecutiva al asesinato de don Sancho).*

El destierro a que se alude en el CANTAR, *y cuyos antecedentes se indican en el Prólogo que sigue a esta Nota Preliminar, es sin duda el primero sufrido por el Cid, según la historia, y tiene lugar en el año 1082,*

contando el Cid treinta y nueve años. Para que el lector pueda fijar históricamente los sucesos, daremos a continuación algunas fechas de la vida de Mio Cid (título morisco, que empezaron a darle los moros, que quiere decir "mi señor", así como Campeador indicaba al vencedor en lid o batalla campal).

Ruy (o Rodrigo) Díaz de Vivar nació alrededor del 1043 *en la aldea de Vivar, de madre de alta nobleza, pero su padre, Diego Láinez, solamente infanzón, o sea de nobleza de segunda clase, inferior a la de los ricohombres. A los* 23 *años fué nombrado alférez de Sancho II, dignidad que retuvo hasta la muerte del rey, ilustrándose en multitud de ocasiones en el campo de batalla y alcanzando ya reputación de invicto, que conservó toda su vida. El* 19 *de julio de* 1074 *casa con doña Jimena. En* 1082 *parte para el primer destierro. En la primavera de* 1087 *se reconcilia en Toledo con don Alfonso, que en octubre de* 1085 *sufriera una terrible derrota en* SAGRAJAS, *luchando con el viejo rey almorávide Yusuf, que viene de Marruecos y amenaza adueñarse de España, y contra cuyas huestes no cesa ya de luchar el Cid. En* 1090, *nuevo enojo del rey y nuevo destierro del Cid. Este mismo año vence el Cid al conde Berenguer de Barcelona. En* 1091, *segunda reconciliación entre don Alfonso y el Cid, según parece a instancias de la reina, doña Constanza, que siempre defendió al Cid. Poco después vuelven a enojarse, y fracasa la expedición de don Alfonso contra Valencia. En* 1092, *tercera reconciliación y levantamiento del destierro. El Cid declara la guerra a los almorávides para vengar la muerte alevosa del rey de Valencia, Alcádir; y, después de diecinueve meses de sitio, toma Valencia el* 15 *de junio de* 1094. *En diciembre de ese mismo año derrota al ejército de Yusuf, que acudió a reconquistar Valencia. El* 15 *de agosto de* 1097 *tiene*

lugar la batalla de Consuegra entre las huestes de don Alfonso y las de Yusuf, siendo derrotado el rey y muriendo en la batalla el primogénito y único hijo varón del Cid, Diego, a la sazón de 22 años, que aquél enviara a luchar al lado del rey. Gran aflicción del Cid. El 24 de junio de 1098, el Cid toma Murviedro, la mayor fortaleza de la región levantina. El 10 de julio de 1099 muere el Cid en Valencia, a los cincuenta y seis años, llorado por toda la cristiandad.

Como es lógico, en esta versión he seguido paso a paso el poema, sin apartarme un punto de él, ni dar ingerencia a ningún elemento a él extraño, puesto que se trataba de una representación del Cantar *y no de la figura de Mio Cid. Nada, pues, he añadido al poema, cuyo contenido ha pasado íntegramente a esta adaptación, que he podado y desbrozado lo menos posible del texto original, ya que, por consideraciones de espacio, no hubo más remedio que hacer alguna contracción.*

He empleado el texto dado por don Ramón Menéndez Pidal en su edición crítica, y he utilizado con frecuencia la versión de don Pedro Salinas. En el traslado al castellano moderno he puesto en prosa toda la parte narrativa, pero en la mayoría de los numerosos parlamentos —en los más importantes—, que son quizás lo más hermoso y dramático del poema, he tratado de seguir el viejo metro épico del original, estableciendo un verso con frecuencia irregular en su medida (ya que ante todo he querido conservar la mayor naturalidad posible a la dicción), tan pronto consonantado como asonantado, por entender que ello daba mayor variedad al texto, al par que conservaba mejor la andadura heroica de la expresión. Sin embargo, para ahorrar espacio y conservar la uniformidad tipográfica, se ha impreso como prosa la parte versificada.

Al final se da un breve glosario de los escasos términos arcaicos o poco usuales que aparecen en la versión. La división en capítulos, así como el Indice que se ha añadido, son de mi cosecha, con el propósito de facilitar la lectura y la referencia.

RICARDO BAEZA

PROLOGO

Ruy Díaz de Vivar, llamado el Cid Campeador por su victoria en dos señalados combates singulares, como representante del rey de Castilla don Sancho II —el primero contra Jimeno Garcés, representante del rey de Navarra, por la posesión de Pazuengos y otros castillos fronterizos, y el segundo contra el sarraceno Háriz, de Medinaceli, en la guerra sostenida por el rey de Castilla contra Moctádir, rey de Zaragoza—, habiendo pasado a la muerte de don Sancho, después de no pocas y grandes hazañas a su servicio como alférez del reino, al servicio de su hermano y sucesor don Alfonso VI, fué enviado por éste a la corte de Almutamiz, rey de Sevilla, a cobrar las parias que éste, como tributario suyo, le debía.

En esta coyuntura el rey de Granada, Almudáfar, gran enemigo del de Sevilla, confiado en la ayuda que le prestaban el conde García Ordóñez, vasallo favorito del rey don Alfonso, y otros tres grandes señores cristianos, resolvió atacar al rey Almutamiz. Como éste fuera tributario del rey de Castilla, Mio Cid

creyó de su deber defenderlo, y envió mensajes a los caballeros cristianos previniéndoles que así lo haría y rogándoles desistieran del ataque. Pero el consejo fué desoído, y el rey de Granada, juzgándose invencible con las fuerzas de aquellos ricoshombres que acudieran en su auxilio, ganosos del gran botín que esperaban habría de lograrles el saqueo del reino sevillano, marchó con todas sus huestes contra Almutamiz.

A pesar de que las suyas eran mucho menores, no vaciló Mio Cid en atacarlos y después de una batalla campal, en que hizo gran mortandad de moros y de cristianos, venció a sus enemigos, apoderándose de ellos y mesando en humillación las barbas del conde García Ordóñez. Tres días los tuvo cautivos en el castillo de Cabra, al cabo de los cuales, con gran magnanimidad, los dejó libres.

Cobradas las parias y colmado de presentes por Almutamiz, regresó Mio Cid a la corte del rey Alfonso, que en un principio manifestó gran contento por lo que había hecho su vasallo. Pero abundaban en la corte los cizañeros y los envidiosos, que, aprovechando antiguos motivos de agravio que creía tener el rey contra Mio Cid cuando éste fuera alférez de don Sancho a la sazón en pugna con su hermano don Alfonso, envenenaron el corazón del monarca, insinuándole que Mio Cid no había obrado con la debida lealtad y se había enriquecido a costa suya, guardando para sí buena parte de las parias y presentes de Almutamiz.

Triunfan al fin los intrigantes y malvados, y don Alfonso da orden de destierro contra Mio Cid, mandándole que en el plazo de nueve días abandone sus reinos.

Mio Cid, sin pensar un momento en rebelarse contra el injusto mandato, se dispone a cumplirlo y se apresta a la marcha.

Cantar Primero

EL CID EN EL DESTIERRO

CAPITULO I

DON Rodrigo, en esta grave coyuntura, mandó aviso a sus parientes y vasallos y reuniéndolos les dijo cómo el rey le mandaba salir de sus tierras, en el plazo de nueve días, y que quería saber quiénes deseaban seguirle y quiénes quedarse.

—A los que conmigo vinieren —dijo—, que Dios les dé buen pago; pero también quiero dejar contentos a los que decidieren quedarse.

Habló entonces Álvar Fáñez, de don Rodrigo primo hermano:

—Con vos iremos, Cid, por yermos y por poblados, y mientras sanos estemos tened por seguro que no habremos de faltaros. A vuestro servicio pondremos nuestras mulas y caballos, y todos nuestros dineros y arreos. Como vasallos leales, hasta el fin os serviremos.

Todos aprobaron cuanto dijo Álvar Fáñez y el Cid agradeció a todos sus palabras.

Poco después, rodeado de los suyos, el Cid sale de Vivar y se encamina hacia Burgos, dejando sus heredades vacías y abandonadas.

Deteniéndose un momento, el Cid vuelve atrás la vis-

ta y sus ojos se llenan de lágrimas, mientras contempla la mansión abandonada: las puertas abiertas y sin candados, las perchas vacías, sin pieles ni mantos, las alcándaras sin halcones y sin azores de caza.

Caviloso y apenado, suspiró Mio Cid y dijo, con su mesura acostumbrada:

—¡Hágase tu voluntad, Señor, que estás en lo alto! A esto me han traído mis enemigos malvados.

En seguida, todos aguijan sus caballos y les sueltan las riendas, dirigiéndose hacia Burgos.

Al salir de Vivar tuvieron la corneja a la diestra, pero, al entrar en Burgos, la llevaban a la siniestra.

Mio Cid enderezó los hombros, e irguiendo ante el agüero la cabeza, exclamó:

—¡Albricias, Álvar Fáñez! ¡Que si de nuestra tierra nos han echado ahora, con más honra aún tornaremos mañana a ella!

Cuando hace su entrada en Burgos, sesenta pendones lleva tras de sí Ruy Díaz. Todos acuden a verle, mujeres y varones, grandes y chicos; todos se asoman a las ventanas, todos dicen llorando, traspasados de dolor: "¡Ay, qué buen vasallo, si tuviese buen señor!"

De buena gana todos le darían albergue, pero ninguno se atreve, pues saben la saña con que hoy le persigue el rey. La noche antes entró en Burgos un mensajero suyo, con órdenes selladas, mandando que a Mio Cid Ruy Díaz nadie ose dar posada y previniendo a todos que, el que osare, habrá de perder su hacienda y los ojos de la cara e incluso la salvación de su ánima. Así aquellos buenos cristianos, con el dolor en el alma, rehuyen el encuentro del Cid, y ni aun a hablarle se atreven.

El Campeador, sin embargo, se dirige al mesón donde solía hospedarse; pero he aquí que, al llegar él, en-

cuentra cerrada su puerta. Por temor al rey Alfonso, el mesonero ha decidido no abrirla, aunque le amenacen con echarla abajo.

Las gentes del Cid llaman a ella, dando grandes voces, pero los de dentro callan y no abren. Aguija, entonces, Ruy Díaz su caballo y, acercándose a la puerta, saca el pie del estribo y da con él un fuerte golpe. Pero la puerta, sólida y bien cerrada, resiste y no se abre.

Dispónese el Cid a repetir la llamada, cuando una rapaza de nueve años se acerca al Cid y le dice:

—¡Dios te acompañe, Campeador, que en buena hora ceñiste espada! El rey lo ha prohibido; anoche llegó su carta, con grandes sellos lacrada. No podemos, Cid, abrirte ni hospedarte, que, de hacerlo, perderíamos las haciendas y aun los ojos de la cara. En nuestro mal, ¡oh Cid!, vos no vais ganando nada. ¡Que el Señor os valga y os tenga en su santa guarda!

Esto dicho, volvióse la niña para su casa.

El Cid, entonces, viendo que no puede esperar gracia del rey, aguija su caballo y, atravesando Burgos, llega a la iglesia de Santa María, descabalga e, hincándose de hinojos, reza en su corazón. En seguida, vuelve a cabalgar y, saliendo del recinto de la ciudad, cruza el río Arlanzón.

A la orilla de Burgos, en medio del arenal, el Cid manda plantar sus tiendas. Ya que nadie quiere darle albergue, allí acampará, rodeado de los suyos, como si estuviera en campaña por montes y por vados. Le han vedado la compra de cuanto pueda servirle de sustento; nadie osa venderles ni aun la ración más menguada.

CAPITULO II

Martín Antolínez, el burgalés cumplido, acude a remediar en aquel trance a Mio Cid y los suyos, abasteciéndoles de pan y vino, y de cuanto hubieron menester, no comprado con sus dineros, sino de las provisiones que guarda en su propia despensa. El Cid y sus caballeros comen y beben hasta satisfacerse, y agradecen el gran servicio.

Martín Antolínez pónese entonces en pie; oigamos bien lo que dice:

—¡Salud, Campeador, que en buen hora naciste! Descansemos esta noche, y pongámonos de amanecida en camino, que acusado seré sin duda por haberos servido y la ira del rey Alfonso caerá también sobre mí. Las cosas que aquí dejo se me importan una higa, y sé que, si logro escapar con vos y quedo en vida, más tarde o temprano el mismo rey me ha de querer por amigo.

Mio Cid, luego de meditar un instante, se pone a su vez de pie y le contesta:

—¡Oh, buen Martín Antolínez, el de la famosa lanza! Si vivo, tened por seguro que os doblaré la soldada. Lo malo es que ya gasté todo mi oro y mi plata, y uno y otra he menester para seguir mi campaña, y si no lo saco a buenas, habré de sacarlo a malas. Oíd lo que he discurrido, y ved si lo encontráis acertado. Fabricaremos dos arcas, fuertes y ricas, de guadamecí forradas, y las llenaremos de arena, por que sean bien pesadas. Luego a Vidas y Raquel, los dos judíos de Burgos, visitaréis en privado, y les diréis que, habién-

dome el rey de sus reinos desterrado, y pesando tanto mis bienes que conmigo no podría transportarlos, se me ocurrió en precio módico dejárselos empeñados, sacándolos ya anochecido por que no lo vean cristianos. ¡Júzgueme el Creador, y que me juzguen sus santos, que otra cosa hacer no puedo, y bien poco a gusto lo hago!

Sin tardanza, Martín Antolínez marcha a Burgos, entra en la judería, inquiere por Vidas y por Raquel, y los encuentra contando precisamente los dineros ganados con sus artes. Los saluda, muy contento y cauteloso, Martín Antolínez:

—¿Cómo estáis, Raquel y Vidas, mis amigos estimados? Un instante con vosotros querría hablar en privado.

Sin hacerse de rogar, los dos judíos con él a un rincón se apartan, y Martín Antolínez, aleccionado por Mio Cid, así les habla:

—Raquel y Vidas, amigos, vengan acá esas manos, que tengo de haceros ricos y nada habrá de faltaros. Pero antes juradme que nada diréis a moriscos ni cristianos. Mio Cid, como no ignoráis, a cobrar parias a moros fué por el rey enviado; al hacerlo, grandes riquezas reunió, grandes caudales muy preciados, pero aunque pagó al rey Alfonso, siempre a él le quedó algo, y por ello se ve ahora perseguido y desterrado. Dos grandes arcas tiene repletas de oro muy fino labrado, mas tanto pesan que apenas si le es posible llevarlas, de manera que él querría dejarlas en vuestras manos y que, con ellas en prenda, le dieseis algo prestado. Vosotros pondríais las arcas ocultas y a buen recaudo, mas para ello tendríais que jurar previamente ambos que no las habríais de abrir en lo que falta de año.

Raquel y Vidas cuchichean entre sí un rato. Luego, responden:

—La cosa no es imposible. Pero es natural que ambos hemos de salir ganando. A Mio Cid no le costó gran trabajo el sacar esas riquezas a los moros, y quien muchos caudales lleva nunca duerme sosegado. Nosotros estamos conformes en quedarnos con las arcas, y las hemos de guardar donde nadie pueda hallarlas. Pero, ¿cuál sera nuestro negocio? ¿Qué nos pide el Cid en cambio, y qué ganancias tendremos nosotros por este año?

Muy discreto y muy taimado, contesta Martín Antolínez:

—Mio Cid querrá sólo lo que fuere justo en el trato, y poco os ha de pedir por dejar su haber en salvo. Muchos hombres se le juntan, y todos necesitados; el atenderlos tan sólo precisará por lo menos seiscientos marcos.

—Se los daremos de grado —asintieron Raquel y Vidas. Y Martín Antolínez:

—El Cid tiene mucha prisa; la noche, como veis, se va acercando, y necesitamos tener lo antes posible esos seiscientos marcos.

Pero Raquel y Vidas objetan:

—No se hacen así los tratos; sino, tomando primero, y cuando se ha tomado, dando.

—Estad tranquilos; se hará como deseáis —declaró Antolínez—. Venid conmigo, y digamos a Mio Cid lo ajustado. Después, os ayudaremos a cargar las arcas y ponerlas a buen resguardo, con tal sigilo que en Burgos no habrá de saberlo nadie.

—Conformes —replicaron Raquel y Vidas—. En cuanto traigan las arcas, vuestros serán los dineros.

CAPITULO III

Martín Antolínez, con los dos judíos, camina de prisa hacia el campamento de Mio Cid. En vez de pasar el puente, vadean el río, a fin de que nadie en la ciudad pueda tener sospecha de lo tramado.

Al entrar en la tienda del Cid, los dos judíos se precipitan a besarle las manos. Mio Cid les sonríe afablemente, y les habla así:

—¡Conque ya, don Raquel y don Vidas, me teníais olvidado! Yo, en cambio, no os olvidé, pues tengo de salir desterrado, y mis haberes pesan en demasía para conmigo llevarlos; su custodia pensé confiaros, enriqueciéndoos a ambos de modo que nada os falte aunque viviereis cien años.

Tornan Raquel y Vidas a besarle las manos. Entretanto Martín Antolínez explica lo acordado y que los judíos darán seiscientos marcos, guardando en prenda aquellas arcas hasta el cabo del año y comprometiéndose a no abrirlas hasta entonces, so pena de perjurio y de no recibir del Campeador un solo ochavo. En seguida añade:

—Cargad, y llevad las arcas. Yo iré con vosotros, a que me deis los marcos; que el Cid ha de partir del lugar antes de que cante el gallo.

¡Qué gozo el de los judíos cuando las arcas cargaron! Membrudos eran, pero costóles trabajo. Llenos de alegría, pensando en los dineros y considerándose ya ricos hasta el final de sus días, dispónense a retirarse. Pero Raquel, antes de irse, besa de nuevo la mano de Mio Cid y le ruega:

—Campeador, que en buen hora ceñisteis espada,

y que hoy de Castilla os vais a tierras extrañas; si vuestra ventura quiere que continuéis ganando riquezas, yo os pido que me mandéis de regalo una piel morisca bermeja y bien labrada.

—Pláceme —dijo el Cid—, la piel os será mandada; si no, descontaréis su valor de lo que encierran las arcas.

El buen Martín Antolínez acompaña a los judíos y da custodia a las arcas hasta su morada en Burgos. Una vez allí llegados, tienden en el suelo una almozala y sobre ella una sábana de hilo muy blanca, y cuentan los seiscientos marcos: trescientos en plata, que don Martín estimaba a ojo sin tomarse el trabajo de pesarlos, y los otros trescientos en oro. Luego, dice a los judíos:

—Puesto que en vuestras manos quedaron ya las arcas, y fuí yo el que este negocio os trajo, me parece bien que me déis para unas calzas.

Raquel y Vidas hablan aparte un instante.

—Es cierto —se dicen—, este negocio él fué quien nos lo ha buscado.

Y dirigiéndose a él:

—Martín Antolínez, buen burgalés honrado, lo que pedís tendréis, y aún más de lo pedido, que no sólo os daremos para calzas, sino también para una piel y un manto. Treinta marcos os daremos en don. Y no nos lo agradezcáis, que ello es muy justo, puesto que a vos debemos este trato y vos sois el fiador de lo que hemos pactado.

Don Martín les da las gracias y embolsa los treinta marcos, dispidiéndose de ambos. Luego, con cinco escuderos, que llevan los fardos del oro y de la plata, vuelve a salir de Burgos, cruza el río de nuevo y se dirige a la tienda de Mio Cid.

Este, al verle llegar, le abre los brazos:

—¿Ya estáis de vuelta, Martín Antolínez, mi vasallo leal? ¡Quiera Dios llegue el día en que pueda recompensar vuestra lealtad!

—Aquí me tenéis, Campeador —responde Antolínez—, y bien provisto. Seiscientos marcos para vos; treinta para mí, por mis buenos oficios. Mandad levantar la tienda, y partamos en seguida; que en San Pero de Cardeña nos encuentre el cantar del gallo. Veréis a vuestra esposa, y saldremos a toda prisa del reino, antes de que se cumpla el plazo que os fué señalado.

Levantando en seguida sus tiendas, el Cid con los suyos vuelve a ponerse en camino. Pero, antes de emprender la marcha, vuelve su cabalgadura hacia la iglesia de Santa María, alza su mano derecha y, después de santiguarse, clama:

—¡Alabado seas, Señor, que cielo y tierra guías! ¡Válganme tus virtudes, gloriosa Santa María! Hoy de Castilla salgo, puesto que así el rey me lo manda; y no sé si volveré nunca a ella en los días que me quedan de vida. ¡Válgame vuestra virtud, Virgen Santa, en mi destierro, y ayúdeme y manténgame noche y día! Si así lo hicierais, y la suerte me fuere propicia, a vuestro altar mandaré las primicias más ricas, y mandaré cantar en loor vuestro mil misas.

Con gran pesadumbre se arranca Mio Cid del lugar. Los demás le siguen cabizbajos y callados. Pero, antes, acercándose a Ruy Díaz, Martín Antolínez, el burgalés de pro, le dice:

—Vuelvo a Burgos, a despedirme de mi esposa, y a decir a los míos lo que conviene que hagan en mi ausencia. Si el rey me despoja de mi hacienda, poco me importa; con vos estaré de nuevo antes de rayar el día.

Don Martín torna a Burgos, y Mio Cid, seguido de

sus hombres, espolea su caballo hacia San Pero de Cardeña.

CAPITULO IV

Aprisa cantan los gallos y quieren quebrar albores, cuando llega a San Pero el Campeador. El buen abad don Sancho, cristiano cumplido, levantado con la luz del alba, rezaba los maitines, mientras doña Jimena, con sus cinco dueñas de pro, rogaba a San Pedro y a Cristo Nuestro Señor:

—¡Tú, que a todos sirves de guía, vela por Mio Cid el Campeador!

Cuando éste llama a su puerta, todos presienten que es Mio Cid el que llega. ¡Señor, qué alegre se ha puesto el buen abad don Sancho! Con luces y con candelas salen todos al patio, recibiendo gozosos al caballero que en buen hora nació.

—¡Gracias a Dios, Mio Cid, que aquí os veo! —exclama el abad don Sancho—. Entrad y hacednos el honor de hospedaros bajo nuestro techo.

Mio Cid le contesta:

—Gracias, señor abad, por vuestra acogida. Nosotros prepararemos nuestro propio condumio. Por mí y mis vasallos no habéis de preocuparos. Hoy saldré de esta tierra, os daré cincuenta marcos, y si algún día volviese os serán doblados. No quiero que el monasterio por mí sufra el más leve daño. Para mi esposa doña Jimena, aquí tenéis otros cien marcos, a fin de que a ella, como a sus hijas y damas, podáis servir este año. Dos hijas os dejo niñas; tomadlas en vuestros brazos; a ellas y a mi mujer prestad vuestros mejores cui-



El Cid tomó en brazos a sus dos hijitas

dados. A vos os las encomiendo, abad don Sancho; si ese dinero se acaba, o si hubiera menester de algo, dadles lo que necesiten, abad, que yo así lo mando, y por cada marco que gastaréis en ellas yo al monasterio daré cuatro.

Así se lo prometió de muy buen grado don Sancho. Entretanto, con sus hijas doña Jimena va llegando; a cada una de las niñas la trae una dueña en brazos. Llorando dulcemente, doña Jimena ante el Cid las dos rodillas ha hincado y quiere besarle las manos, mientras le dice:

—¡Merced os pido, Mio Cid, que en buena hora nacisteis! Por calumnias de malsines del reino sois desterrado. ¡Merced os pido, Mio Cid, el de la barba crecida! Aquí me tenéis, señor, a mí y a vuestras hijas aún en edad tan tierna; y conmigo vienen también las damas que nos servían. Bien veo, Campeador, que os disponéis a partir, y que otra vez hemos de separarnos en vida. ¡Dadnos consejo, señor, por el amor de Santa María!

El de la barba bellida tomó en brazos a sus dos hijitas y al corazón con gran amor se las llega. Los ojos se le llenan de lágrimas y, suspirando hondamente, dice:

—En verdad, doña Jimena, esposa mía cumplida, que tanto cariño os tengo como tengo al alma mía. Como veis, fuerza es que nos separemos en vida. Vos quedaréis aquí, y yo partiré a otras tierras. ¡Plegue a Dios y a Santa María que aún pueda con mis manos casar a estas hijas mías, y que me quede ventura y algunos días de vida para poderos servir como tenéis merecido!

Gran yantar ofrecen luego en el monasterio al Campeador y a sus huestes, y las campanas de San Pero tañen a gran clamor. Entretanto, por los campos de Castilla ha ido corriendo el pregón de que Mio Cid se va de sus tierras. Al oírlo, son muchos los que, aban-

donando sus hogares, deciden seguirlo al destierro, y aquel día, en el puente del río Arlanzón, se juntan ciento quince caballeros, a los que se une Martín Antolínez, encaminándose todos hacia San Pero de Cardeña, en demanda del Campeador.

Cuando supo que venían, y que aún habían de venir muchos más, Mio Cid monta a caballo y sale al encuentro de ellos. Al verlos llegar sonríe, y como todos quieren besarle las manos, así les habla, con palabras de verdad:

—A Dios ruego, nuestro Señor y Padre espiritual, que antes de que muera algún bien os pueda hacer a vosotros que, por mí, dejáis vuestras tierras y heredades, y que lo perdido ahora pueda algún día pagároslo doblado.

Contento estaba el Cid viendo cómo en torno suyo aumentaban de continuo sus huestes, y no menos contentos estaban los hombres que se le allegaban.

Pero como de los nueve días ya sólo quedan tres, y el rey ha mandado vigilar a Mio Cid, de tal suerte que si, cumpliendo el plazo sin haber salido aún de sus reinos, no pudiere ya escapar, el Campeador comprende que es hora de partir, y al caer la noche reune en el patio a sus caballeros y les dice:

—Al amanecer, cuando canten los gallos, sin perder momento mandaréis ensillar vuestros caballos. A maitines en San Pero el buen abad tañerá, y él nos rezará la misa de la Santa Trinidad. Oída la misa, empezaremos a cabalgar, que el plazo toca a su fin y aún habemos mucho de andar.

Como el Cid ha ordenado, así hacen todos. Pasa la noche y viene la madrugada, cantan los segundos gallos, y los hombres comienzan a ensillar.

Tañe el abad a maitines, y Mio Cid y doña Jimena se dirigen a la iglesia. Una vez en ella, póstrase

doña Jimena en las gradas del altar y con profundo fervor ruega a Dios que guarde de todo mal al Campeador:

—¡Tú, Señor Glorioso, Padre que en el cielo estás, que hicieste el cielo y la tierra, y al tercero día el mar, que hiciste luna y estrellas, y el sol para calentarnos, que en Santa María Madre fuiste carne a tomar, y que naciste en Belén conforme a tu voluntad; tú, que por nuestra tierra anduviste treinta y dos años, enseñándonos milagros que nunca se han de olvidar, que del agua hiciste vino y de los guijarros pan, que a Lázaro resucitaste porque así fué tu voluntad, que dejaste te prendieran y te llevaran al Gólgota y que en la cruz te dejaste clavar; tú, que del sepulcro supiste resucitar, y a los infiernos bajaste, las almas de los justos a rescatar; a ti, rey de los reyes, Padre de la humanidad, a ti adoro y en ti creo con toda mi voluntad, y a San Pedro ahora le pido que me ayude a rogar por Mio Cid el Campeador, para que entre tú y él le guardéis de todo mal; y que, si hoy nos separamos, vivos nos vuelva a juntar!

La oración hecha, terminada la misa, todos salen de la iglesia y prepáranse a marchar.

Mio Cid estrecha contra su pecho a sus hijas y abraza a doña Jimena; ella le besa la mano sin poder contener el llanto. Todos lloran, no hay ojos que queden secos; en verdad que nunca se vió cosa tal, que todos se separaban con tanto dolor como la uña de la carne.

Para abreviar la despedida y poner coto al dolor, habló entonces Álvar Fáñez, y dijo:

—Cid, en buen hora nacido, ¿dónde está vuestro ánimo? ¿Dónde vuestro valor? Pensemos en salir andando, y déjese lo demás. Que todos estos duelos, en

gozo aún habránse de tornar; y Dios, que nos dió las almas, su consejo nos dará.

Y, dirigiéndose a don Sancho, añade.

—Si veis venir a más gente en busca nuestra, abad, decidles que sigan nuestro rastro y caminen a buen andar, que en yermo o en poblado alcance nos podrán dar.

Y, soltando las riendas, todos los caballeros se ponen en marcha.

Aquella noche yacen en Espinaz de Can, donde se les juntan otras muchas gentes, venidas de todas partes, y a la mañana siguiente cabalgan de nuevo.

Pronto habrán salido ya del reino de Castilla. Mio Cid deja a un lado San Esteban, pasa junto a Alcubilla, cruza la calzada de Quinea y por Navas de Palos atraviesa el Duero. En todas partes se le siguen reuniendo hombres de armas, ganosos de guerrear bajo su enseña.

Al llegar a Figueruela manda hacer alto, para pasar la noche.

CAPITULO V

Apenas se hizo de noche, Mio Cid se durmió en su yacija, y en medio de su sueño se le apareció el arcángel Gabriel, que le dijo:

—Cabalgad, Mio Cid, cabalgad, Campeador, que nunca en tan buen hora cabalgó varón, y jamás, mientras viviereis, os faltará la protección de Dios.

Muy gozoso, despierta Mio Cid y se santigua, encomendándose al Señor. Luego, cabalgando de nuevo al rayar el alba, prosiguen la marcha. Aquel día es el último del plazo.

Al atardecer acampan en la sierra de Miedes, a la derecha de Atienza, que es tierra de moros ya. Mio Cid pasa revista a sus huestes: sin contar a los peones, hombres de mucho valor, van con él trescientas lanzas, todas ellas con su pendón.

—Dad cebada a los caballos —dice—, coma luego el que quisiere, y todos a cabalgar. Esta sierra, larga y bravía, que es tierra aún del rey Alfonso, esta noche la tenemos que pasar. Después, el que nos buscare, dar con nosotros podrá.

Pasan de noche la sierra, y al apuntar la mañana caminan ya monte abajo. En medio de la montaña, el Cid manda acampar y dar de nuevo pienso a las bestias, explicando a los suyos que también la noche próxima la pasarán en andar, para que no los descubran. Como vasallos leales, todos acatan su mandar; cuanto su señor disponga ellos contentos lo harán.

Antes del anochecer emprenden de nuevo la marcha, y caminan toda la noche, sin punto de reposo. El propósito del Cid es hacer caer en una celada a la ciudad de Castejón, que se alza junto al Henares.

Toda la noche, emboscados, pasa Mio Cid con sus huestes, hasta que Álvar Fáñez Minaya le dice:

—Cid Campeador, que en buen hora ceñisteis espada; puesto que a Castejón tenemos en celada, vos con cien de nuestros hombres quedaréis aquí a la zaga, mientras que yo, con doscientos, iré en algara. Con el favor de Dios y vuestra buena ventura, la empresa será ganada.

Contéstale el Campeador:

—Bien hablaste, Minaya. Vos con los doscientos id en algara, y llevad con vos a Álvar Álvarez y Álvar Salvadórez, que jamás fallan el golpe, y a Galindo García, lanza de las más ardidas. Corred sin miedo adelante, que no os detenga nada; llegad hasta más aba-

jo de Hita y, dejando atrás Guadalajara, hasta Alcalá llegue la algara. Traed con vosotros en botín las riquezas de esas tierras; no os detenga el temor a los moros. Yo, con los otros ciento, quedaré aquí a la zaga, y tomaré Castejón. Si en algún mal paso os viereis o en un trance de cuidado, mandadme acto seguido recado, que del socorro que hubiereis tened por seguro que se habría de hablar en toda España.

Luego, Mio Cid va designando los que marcharán con Álvar Fáñez en la algara, y los que quedarán con él a la zaga.

Entretanto, rompe el día y se entra la mañana. El sol comienza a remontarse en el cielo. ¡Qué hermoso, Dios, relumbraba!

Las gentes de Castejón empezaban a levantarse y, abriendo las puertas de la ciudad, salían a trabajar en sus heredades. La mayoría están ya afuera, diseminadas en los campos, tan confiadas, que se han dejado las puertas de par en par, cuando el Campeador sale de su escondite y, seguido de los suyos, galopa hacia la ciudad. Los moros, aterrados, huyen, abandonando las puertas, y Mio Cid se entra por la ciudad, desnuda la espada, repartiendo mandobles a uno y otro lado. Quince moros lleva muertos de su propia mano.

De esta manera ganaron Castejón, con todas sus riquezas. Cargados con el botín llegan sus caballeros, y todo él lo entregan a Mio Cid, importándoles poco la ganancia.

Mientras tanto, los doscientos caballeros de la algara asuelan tierras de moros, y hasta Alcalá llega la enseña de Minaya. Desde allí, remontando el Henares y dejando atrás Guadalajara, se vuelven con las ganancias. El botín ha sido enorme, y entre riquezas sin tasa figuran grandes rebaños de ovejas y de vacas. Erguida y

altanera viene la enseña de Minaya, sin que nadie se atreva a atacarles por la espalda.

Al acercarse a Castejón, Mio Cid sale a su encuentro, seguido de su mesnada, y con los brazos abiertos acoge a Minaya.

—¡Bien tornado seáis, Álvar Fáñez, lanza ardida entre las lanzas! Con razón confié en vos para tal empresa. Júntense el botín mío y el vuestro; y, del total, sea para vos, Minaya, un quinto.

—Gracias os doy, Campeador glorioso —contesta Álvar Fáñez—. Con este quinto que me asignáis el propio Alfonso el Castellano se daría por contento. Pero yo os lo devuelvo, Mio Cid; en paz estamos. A Dios quiero jurarlo, a Aquél que está en lo alto: hasta que yo me sacie de luchar contra moros, en buena lid, sobre mi buen caballo, con la lanza y la espada, hasta que la sangre me chorree, como a vos, codo abajo, no he de tomar de vos ni un solo ochavo. Tiempo habrá de que me déis, si algo bueno os gano; pero hoy mejor es que todo quede en vuestras manos.

Mio Cid, sin embargo, pensando que acaso el rey Alfonso mande perseguirle y que puede atacarle con todas sus mesnadas, las riquezas ganadas manda repartir con toda equidad, y hace que los repartidores extiendan a todos su recibo. Cada uno de los caballeros recibe cien marcos de plata, y cincuenta cada hombre de a pie. Mio Cid, por su parte, percibe un quinto del total.

Como Mio Cid no quiere llevar consigo ni cautivos ni cautivas y necesita siempre dinero contante, piensa en vender su quinto, aunque la pérdida en la transacción sea grande. Habla, pues, con los de Castejón y manda a preguntar a Hita y a Guadalajara en cuánto podría comprarle este quinto. Ofreciéronle los moros tres mil marcos de plata, y Mio Cid aceptó gustoso la



—¡A ellos, mis caballeros, a ellos, por amor de Dios!

oferta. Al tercer día, sin falta, como le fuera prometido, le entregaron los dineros.

Pensando entonces el Cid que era difícil que, en el castillo de Castejón, no muy holgado, pudieran vivir tantas gentes como comprendían sus huestes, y que muy pronto podría faltarles el agua, reune a sus gentes, y así les habla:

—Vencidos están los moros, firmada la paz con ellos; pero, si aquí quedáramos, el rey Alfonso podría atacarnos con toda su mesnada. Propongo, pues, que abandonemos Castejón. ¡Oídme todos, y lo que voy a decir no toméis a mal! Por más tiempo en Castejón no nos podemos quedar; el rey Alfonso está cerca, y aquí a buscarnos vendrá. El castillo, sin embargo, no lo quiero devastar; cien moros y cien moras, a quienes daré libertad, dejaré en el castillo, y así lo que les quitamos compensaremos en parte. Pagados estáis ya todos, nadie queda por pagar. Mañana, al rayar el día, volveremos a cabalgar, que contra mi rey don Alfonso no querría yo luchar.

Todos aprueban lo que dice Mio Cid, y todos parten ricos del castillo que tomaron, mientras moros y moras quedan bendiciéndoles.

CAPITULO VI

Remontando el curso del Henares, cruzan y dejan atrás las Alcarrias, pasan ante las cuevas de Anguita, atraviesan el río y se entran por el campo de Taranz, cosechando por todas partes un rico botín de guerra. Al fin se detiene Mio Cid entre Fariza y Cetina, desconcertando a los moros, que no atinan a penetrar sus in-

tenciones; pero, a los pocos días, de nuevo se ponen en marcha las huestes del Campeador.

Dejan en pos Alhama, rebasan Bubieca y Ateca; y, al llegar a la vera de Alcocer, acampan sobre un gran otero, redondo, a orillas del Jalón, de manera que no los puedan dejar sin agua.

Él propósito de Mio Cid es tomar Alcocer. Ocupando todo el otero, arma allí sus tiendas, las unas contra la sierra, junto al río las otras. En derredor del otero, y bien cerca del agua, manda hacer a sus hombres una cárcava bien honda, de modo que el enemigo no pueda sorprenderlos a mansalva, y dándoles a entender así que tiene la intención de acampar largamente en aquel paraje.

Por todas aquellas tierras ha cundido la noticia de que Mio Cid Campeador junto a Alcocer ha acampado, dejando para siempre las tierras de los cristianos. Los moros de las cercanías no se atreven ya a labrar los campos vecinos, y el castillo de Alcocer se aviene a pagar tributo.

Con gran gozo de Mio Cid y sus vasallos, Alcocer, Terrer y Ateca páganle ya parias, pero a los moros de Calatayud esto muy mal les sentaba.

Allí permaneció el Cid quince semanas cumplidas, pero como viera que Alcocer no se entregaba, discurrió un ardid que le dió buen resultado. Mandando levantar las tiendas, una sola dejó armada, y se va Jalón abajo, con su enseña desplegada, todas las lorigas puestas y ceñidas las espadas.

Viéndolo, los de Alcocer se alborozan y enardecen. Piensan: "Ya se le acabó al Cid todo el pan y la cebada. A guisa de derrotado va el Campeador, cargado con sus tiendas, que una sola queda armada. Ataquémosle ahora, antes que los de Terrer lo hagan, que

si el botín es de ellos, no querrán cedernos nada. Las parias que nos tomó, hoy nos las devolverá dobladas".

Cuando Mio Cid los vió fuera de la ciudad, hizo como si escapara, corriendo Jalón abajo, con sus huestes en desorden.

"¡Ay, que el botín se nos va!", gritan los de Alcocer, y todos, grandes y chicos, a salir se apresuraban y, con el afán de apresar, olvidaban lo demás, dejando abiertas las puertas, sin nadie para guardarlas.

En ese instante Mio Cid hacia atrás vuelve la cara y, viendo que entre los moros y el castillo quedaba ya un gran espacio, manda volver su enseña y espolear los caballos.

"¡A ellos, mis caballeros! —gritaba Mio Cid—. ¡Todos a ellos! ¡Que, con la ayuda del Señor, nuestra será la ciudad!"

Todos luchan, revueltos, por medio de la llanada, y se esfuerzan en llegar al castillo. Pero Mio Cid y Minaya, que montan buenos caballos, aguijando sus monturas, son los primeros en entrar. Los hombres de Mio Cid sin piedad los golpean y en poco más de un momento trescientos moros mataron. Dando grandes alaridos, los que están en la emboscada, con la espada desnuda se lanzan hacia el castillo. Al poco rato, la batalla está ganada y Alcocer en manos de Mio Cid y su mesnada.

Pero Bermúdez, que la enseña trae en el puño, la planta en lo más alto del castillo. Y Mio Cid Ruy Díaz así habla a sus gentes:

—Gracias al Señor del cielo y a todos sus santos, mejor posada tendremos ahora hombres y caballos. ¡Oídme, Álvar Fáñez y todos mis caballeros! Al tomar este castillo, gran botín hemos tomado; la mayoría de sus defensores debieron morir, que muy pocos son los que veo en vida. Los moros y moras que que-

dan no hemos de poder venderlos, y con cortarles la cabeza nada saldremos ganando; guardémoslos, pues, con nosotros, puesto que somos los dueños; viviremos en sus casas y de ellos nos serviremos.

Gran pesadumbre hubieron los moros de Ateca y de Terrer, y acaso aún más los de Calatayud, al punto que decidieron enviar un mensaje al rey moro de Valencia, diciéndole que uno a quien llaman Mio Cid Ruy Díaz el de Vivar, desterrado de Castilla por el rey Alfonso, vino a tomar Alcocer y que, mediante una celada, el castillo está ya en sus manos.

"Si en nuestra ayuda no vienes —añaden—, Teca y Terrer perderás, perderás Calatayud, que ya no podrá escapar, y lo mismo en Siloca que junto al Jalón ha de irte todo muy mal".

Cuando el rey Tamín lo oyó, sintió un profundo dolor y, mirando en torno suyo, dice:

—Tres grandes emires veo que en derredor mío están. Sin tardanza, dos de vosotros partiréis para allá, llevando tres mil hombres y abundancia de armas para luchar. Con los que hay en la frontera, que sin duda os ayudarán, prended vivo a ese cristiano y conducídmelo acá. Puesto que se entró en mis tierras, responderme de ello habrá.

Tres mil moros se dirigen hacia Alcocer. La primera noche se detienen a descansar en Segorbe; la segunda, duermen en Celfa; la tercera en Calatayud. Envían pregones por las tierras del contorno, y de todas partes acuden los moros a engrosar sus huestes, entre ellos dos emires, Galve y Fáriz, que quieren medir sus armas con las de Mio Cid el de Vivar.

Una vez reunidos tantos hombres de armas, ponen cerco a Alcocer. Acampan en torno de ella, con centinelas que vigilan noche y día, armados de todas ar-

mas, y lo primero que hacen es cortar el agua a los sitiados.

Las mesnadas de Ruy Díaz quieren salir a dar batalla, pero Mio Cid lo impide. Y así los tienen cercados tres semanas cumplidas.

CAPITULO VII

A las tres semanas, a punto de comenzar la cuarta, Mio Cid quiso tomar consejo de los suyos:

—El agua nos la han cortado —dice—, puede faltarnos el pan, y escaparnos por la noche no nos lo permitirán. Sus fuerzas son muy grandes para con ellos luchar. Decidme, pues, caballeros, qué creéis que cumple hacer.

Habla el primero Minaya, caballero de fiar:

—De Castilla la gentil nos desterraron acá. Si con moros no luchamos no obtendremos nuestro pan. Seiscientos somos nosotros, y aún puede que algunos más; ¡por Cristo Nuestro Señor, que allá en el cielo está, en cuanto amanezca el día vayámoslos a atacar!

—¡Bien hablasteis, Minaya! —replicó el Campeador—. ¡Ya sabía yo que así habíais de hablar!

Mio Cid manda echar del castillo a los moros y las moras, para que no se divulgue su propósito, y pasan el resto del día y la noche en preparativos de batalla. Cuando apunta de nuevo el sol, Mio Cid y todos los suyos están ya armados de pies a cabeza y a caballo. Antes de salir, el Cid les habla:

—Todos saldremos afuera, ninguno aquí quedará, excepto estos dos peones que la puerta han de guardar. Si morimos en el campo, al castillo nos traerán; si ga-

namos la batalla, gran botín nos tocará. Vos, Pero Bermúdez, guerrero valiente y leal, a vuestro cuidado esta mi enseña tomad; pero no os adelantéis hasta que me lo oigáis mandar.

Abriendo rápidamente las puertas del castillo, las huestes de Mio Cid se precipitan afuera. Al verles, los centinelas de los moros corren hacia el campamento a dar la alarma. Apresuradamente, todos los guerreros moros se empiezan a armar. ¡Qué confusión y qué estruendo! El tañer de los añafiles y el redoblar de los tambores es tal que diríase que la tierra se va a hendir.

Al fin, todos están ya en orden de batalla. Al frente de los moros van dos enseñas caudales, y ¿quién podría contar los pendones más pequeños? Las filas moriscas empiezan a moverse ya contra las huestes del Cid, impacientes por llegar a las manos.

Mio Cid recomienda a los suyos:

—Permaneced todos quedos en el lugar donde estáis; que nadie se mueva hasta que me lo oiga mandar.

Pero Bermúdez no puede contener su ardor, y con la enseña en alto, espolea su caballo, y clama:

—¡Que el Señor nos asista, noble Cid Campeador! ¡En medio de ese tropel voy vuestra enseña a llevar; los que deben defenderla veréis cómo en pos mío vendrán!

—¡Por amor de Dios, no hagáis tal! —grita Mio Cid.

Mas, Pero Bermúdez le desoye y, aguijando a su montura, se entra en lo más espeso. Los moros tratan de arrebatarle la enseña y descargan sobre él terribles golpes, pero no alcanzan a quebrarle la armadura.

Viéndole en peligro, grita Mio Cid:

—¡Valedle, por caridad!

Todos, entonces, a una, embrazan los escudos, en-

ristran las lanzas, e inclinándose sobre el arzón clavan los acicates en los ijares de sus cabalgaduras y cierran contra los moros, mientras el que en buen hora nació los anima con sus grandes voces:

—¡A ellos, mis caballeros, a ellos, por amor de Dios! ¡Yo soy Ruy Díaz de Vivar, el Cid Campeador!

Todos caen sobre el tropel que rodea a Pero Bermúdez. De las trescientas lanzas que acompañan al Cid, cada guerrero mató a un enemigo en la primera arremetida, y otros tantos ruedan por tierra al revolverse en la tornada.

¡Hubierais visto allí tantas lanzas subir y bajar, tanta adarga rota y traspasada, tanta loriga desgarrada y hendida, tantos pendones blancos salir bermejos de sangre, y tantos buenos caballos corriendo de un lado a otros sin sus jinetes! Los moros invocan a Mahoma; los cristianos a Santiago. Al poco tiempo, en un espacio reducido, quedan sobre el campo más de mil trescientos moros sin vida.

¡Cómo ha luchado este día, erguido sobre su dorado arzón, Mio Cid Ruy Díaz, el buen Campeador! Con él están Álvar Fáñez, comandante que fué de Zurita; Martín Antolínez, el burgalés de pro; Muño Gustioz, criado en la casa misma del de Vivar; Martín Muñoz, que antaño mandara en Montemayor; Álvar Alvarez y Álvar Salvadórez, Galindo García, gran guerrero de Aragón; Félez Muñoz, sobrino del Campeador. Con ellos, todas las huestes que acompañan a Mio Cid acudieron a defender su enseña y pelean como valientes que son.

A Minaya Álvar Fáñez le mataron el caballo, pero vienen en socorro suyo hombres de su mesnada. Quebrada la lanza, echa mano a la espada y, aunque lucha a pie, reparte en torno suyo terribles mandobles. Mio Cid, que advierte el apuro en que se halla, se va sobre un jefe moro, que tenía buena cabalgadura, y levan-

tando en su diestra la espada, de un solo tajo lo hiende hasta la cintura. Luego, asiendo el caballo, se lo ofrece a Álvar Fáñez:

—¡Montad en él, Minaya, que vos sois mi brazo derecho, y toda su fuerza me hará falta en este día! Muy firmes están los moros, y no se avienen a dejar nuestro el campo. Preciso será acometerlos de nuevo.

Monta Minaya a caballo y, con la espada en la mano, descargando grandes golpes a un lado y otro, se adentra por la fila de los moros.

Mio Cid entonces se lanza hacia el emir Fáriz y le descarga tres grandes tajos; le fallan los dos primeros, pero el tercero le acierta y la loriga del emir se va tiñendo de sangre. Sin aguardar a recibir el cuarto, Fáriz vuelve grupas y escapa del campo lo más a prisa que puede. Aquel golpe de Mio Cid ha decidido la suerte de la batalla.

Martín Antolínez, por su parte, ha hecho frente al emir Galve, y del golpe que le asesta los rubíes de su yelmo le parte por la mitad. Sin esperar el siguiente, Galve esquiva al burgalés.

¡Gran día en verdad aquél para toda la cristiandad! Los moros huyen de una parte a otra, perseguidos por las huestes del Cid. El emir Fáriz ha logrado refugiarse en Terrer, pero a Galve no quisieron darle acogida, y tuvo que huir a Calatayud, acosado por el propio Mio Cid, que llega hasta las puertas de la ciudad.

Mientras tanto, Álvar Fáñez, cabalgando la montura del jefe moro, ha matado con su mano treinta y cuatro enemigos; de los tajos que dió, hasta el codo le chorrea la sangre.

—Contento estoy ya —dice—, que a Castilla habrán de llegar las nuevas de la victoria que en batalla campal ganó hoy Mio Cid.

De la lucha van tornando ya los hombres. Apenas

si algún moro logró escapar con vida. El Campeador, montado en su buen caballo, la cabeza desnuda, el almófar sobre los hombros y la luenga barba cayéndole sobre el pecho, mira llegar a sus guerreros y da las gracias a Dios por la gran victoria ganada.

El campamento morisco fué de un extremo a otro saqueado, habiéndose recogido grandes riquezas de toda especie, un sinfín de armas y escudos, y quinientos diez caballos. Al contar el Cid sus muertos, encontró que solamente quince hombres no acudieron a su llamado.

¡Qué algazara y regocijo el de todas aquellas gentes cristianas! El oro y la plata es tanto que no saben dónde guardarlo. Mio Cid manda repartir con equidad lo apresado, y hasta a los moros que en el castillo le sirven manda regalarles algo. Entre los bienes que le han tocado al Cid por su quinto, figuran un centenar de caballos. Contemplándolos, Mio Cid se vuelve a Álvar Fáñez y le dice:

—¡Oídme, Minaya, vos que sois mi brazo diestro! De estas riquezas que el Creador nos ha dado, cuanto vos quisiereis tomadlo con vuestra mano. Sabed, luego, que a Castilla quiero enviaros, con nuevas de esta batalla que al moro hemos ganado; al rey Alfonso, que me desterró de sus tierras, quiero enviarle en don treinta caballos, todos con sus sillas y riendas y ricamente enjaezados, todos con sendas espadas de los arzones colgando.

—Eso haré de muy buen grado —contestó Álvar Fáñez.

—Ahora —prosiguió Mio Cid—, tomad esta bota alta y llenadla de oro y plata fina, y en Santa María de Burgos mandad a decir mil misas; lo que os sobrare, una vez pagadas las misas, dadlo a mi mujer y mis

hijas, encargándolas que recen por mí noche y día, que si Dios vida me diere, algún día serán ricas.

Más tarde, cuando Álvar Fáñez se apresta a partir, con unos cuantos hombres escogidos, para cumplir el mandato de Mio Cid, éste le torna a hablar:

—¡Feliz vos, Minaya, que os vais a Castilla la gentil! A todos nuestros amigos no os olvidéis de decir que Dios nos quiso valer y con su ayuda vencimos en la lid. Acaso cuando volváis aún nos encontréis aquí; si así no fuere, hasta donde estemos venid. Por la lanza y la espada hemos de conquistar nuestro pan, que esta tierra rala y mísera no nos podrá sustentar. No está, pues, lejano el día en que nuevamente habremos de caminar.

Al alba parte Minaya, y en Alcocer queda Mio Cid con su mesnada.

CAPITULO VIII

Como Mio Cid temiera, la tierra estéril y pobre apenas si alcanza a la manutención de sus huestes. La vida cada día se va haciendo más difícil. Los moros de las fronteras y gentes extrañas espían y vigilan las idas y venidas del Cid y los suyos. El emir Fáriz, que ha sanado de la herida que le infirió el Cid, anda en conciliábulos con los moros de las cercanías. Por último, un día, los notables de Ateca, Terrer y Calatayud, que es la villa más rica del contorno, envían un mensaje a Mio Cid proponiéndole el rescate de Alcocer por tres mil marcos de plata.

Mio Cid, contento de la oferta, la acepta y vende Alcocer por la suma indicada, que, como todo el resto,

reparte equitativamente entre sus vasallos. Caballeros y peones, a todos los hace ricos; no hay ya un pobre entre todos los que están a su servicio. Que quien sirve a buen señor vive siempre en paraíso.

Los únicos que no están contentos son los moros y moras cautivos en el castillo de Alcocer, que, al saber que Mio Cid va a abandonarles, se quejan con gran duelo.

—¿Te vas, Mio Cid? —suspiran—. ¡Vayan contigo nuestras oraciones! Que siempre agradeceremos, señor, lo que nos diste.

Al alejarse el Cid del castillo, todos estos moros y moras rompen a llorar, y es grande el plañido; que si en Terrer se alegraron, y aún más en Calatayud, pésales a los de Alcocer, que tan generosamente habían sido tratados por Mio Cid.

Las huestes del Cid descienden Jalón abajo, con aves de buen agüero que vuelan a su costado. Siguiendo adelante, llegan a un cerro alto y espacioso que domina la villa de Monte Real, y en él manda el Cid fincar sus reales. El cerro es tan alto y escarpado que no podría dársele asalto por ninguno de sus lados. En él acampado, Mio Cid obliga a pagarle parias, primero a la villa de Daroca, después a Molina, a Teruel la tercera y, por último, a Celfa la del canal.

Entretanto, Álvar Fáñez ha llegado a Castilla y se ha presentado ante el rey con los treinta caballos que le envía Mio Cid. Al verlos, sonríe gozosamente el rey y le pregunta:

—¿Quién os dió esos caballos, por amor de Dios, Minaya?

Y éste le contesta:

—Mio Cid Ruy Díaz, que en buen hora ciñó espada. Después que le desterrasteis, Alcocer ganó por maña. Temeroso el rey de Valencia, mandó ponerle

cerco y que le corten el agua. Pero Mio Cid, en campo abierto luchando, venció a dos emires moros en aquella gran batalla. Cuantiosos fueron, señor, el botín y la ganancia; de ellos el Campeador, a fuer de vasallo leal, estos caballos os manda, y os manda besar los pies y besar las manos ambas, y en nombre de Nuestro Señor se encomienda a vuestra gracia.

Don Alfonso le responde:

—Aún es demasiado pronto para que un vasallo que cayó de la gracia de su rey pueda volver en tan poco tiempo a ella. Pero, por venir de moros, acepto gustoso el presente que me manda, y aun me huelgo de que el Cid ganase tales riquezas. Por lo que hace a vos, Minaya, perdonado quedáis; os devuelvo vuestros honores, y mando que vuestras tierras os sean condonadas; de aquí en adelante, id y venid como os plazca, que mi gracia no os ha de faltar. Pero, del Cid Campeador, aún no os puedo decir nada. Una cosa, sin embargo, haré en su honor, Minaya: de todos estos reinos que bajo mi mando están, los hombres que desearen a Mio Cid ayudar, podrán, cuando lo quisieren, en busca suya marchar. Libres quedan, y prometo conservarles su heredad.

Álvar Fáñez le besa de nuevo las manos y dice:

—Gracias os doy, rey Alfonso, como a señor natural; si esto habéis hecho ahora, otra vez haréis aún más. Siempre acataremos, señor, vuestra voluntad.

Y el rey replica, poniendo fin a la entrevista:

—Bien está, Minaya; de ello ya no hay más que hablar. Id y venid por Castilla, que nadie a molestaros se atreverá, y sin temor a represalia en busca de Mio Cid marchad.

Mientras esto ocurría en la corte del rey Alfonso, Mio Cid continuaba acampado en el cerro, que ya, por los siglos de los siglos, por moros como por cristianos,

habrá de ser llamado el cerro de Mio Cid. Desde allí el Campeador asolaba las tierras de las cercanías, y todo el valle del río Martín era su tributario, extendiéndose ya su fama hasta la misma Zaragoza.

Quince semanas cumplidas allí permanece el Cid, mas como viera que Álvar Fáñez tardaba, abandona el campamento una noche, seguido de la mayor parte de los suyos, y dejando atrás Teruel hasta el pinar de Tévar no para. Todas las tierras que cruza va depredando, e incluso a Zaragoza la obliga a pagarle parias.

Otras tres semanas transcurrieron así, al cabo de las cuales llega de Castilla Álvar Fáñez, con doscientos caballeros que ciñen espada y peones incontables. Apenas vió Mio Cid aparecer a Minaya, corrió a abrazarle lleno de júbilo. Minaya le cuenta todo, sin ocultarle palabra. La faz del Campeador se ilumina con una sonrisa. Por otra parte, todos los desterrados se alegran porque Álvar Fáñez les trae noticias de sus parientes y deudos, y de aquellas compañeras que en su casa habían quedado.

No pierde sin embargo el tiempo Mio Cid. Doscientos caballeros ha escogido, uno por uno, y con ellos se lanza a recorrer aquellos campos, aprovechando la noche. Yermas van dejando las tierras de Alcañiz y cuanto encuentran a su paso saquean, durante las tres jornadas que dura la correría.

La nueva se extiende por todas aquellas tierras con gran alarma de los de Monzón y Huesca. En cambio, en Zaragoza, confiados en las parias que han pagado a Ruy Díaz, no temen de él.

Cargados con el botín, todos vuelven muy contentos al cerro. Mio Cid, entonces, les revela su intención:

—Oídme, caballeros; oíd lo que os quiero hablar. El que no muda de sitio, sólo lo puede menguar; de manera

que mañana, al rayar el día, levantemos el campamento y sigamos más allá.

Al día siguiente, en efecto, Mio Cid con sus huestes llega hasta el puerto de Alucat; desde allí se alarga a Huesca, y luego hasta Montalbán. Diez días tardan en aquella correría, y por todas partes cunde el temor al desterrado de Castilla, azote de moros y guerrero sin par.

CAPITULO IX

La noticia de estas correrías de Mio Cid por sus tierras no tardó en llegar a oídos del conde de Barcelona, que, creyendo tener ya de antiguo otros agravios con Ruy Díaz, se enojó grandemente y decidió castigarlo. Apresuradamente, reune el conde grandes fuerzas de moros y cristianos, y se dirige contra Mio Cid.

Tres días con sus noches caminaron, casi sin descansar, hasta que por fin llegaron a la vista de las huestes de Mio Cid en el pinar de Tévar. Son tantas las gentes del conde, que consideran empresa fácil el apresarle.

Mio Cid, bajando de la sierra, cargado con gran botín, recién ganado, está a punto de llegar al valle, cuando recibe al mensajero del conde don Ramón.

—Decid al conde —le replica— que esto no lo tome a mal; de lo suyo, nada llevo; déjeme marchar en paz.

Pero el conde al oírlo, responde airado:

—¡Eso no será verdad! Lo de antes y lo de ahora, todo me lo pagará. Ya verá el desterrado a quién se atrevió a agraviar.

Con estas palabras vuelve el mensajero a Mio Cid, que comprende que no es posible evitar la batalla con el conde.

Arengando entonces a los suyos, les dice el Campeador:

—Mis caballeros valientes, poned la ganancia en salvo, y armaos a toda prisa, de pies a cabeza armaos; porque el conde don Ramón gran batalla quiere darnos, fiado en sus muchas huestes, de moros y de cristianos. Ya que vienen tras nosotros, aquí sea la batalla. Cinchad bien vuestros caballos, y armaos de todas armas. Ellos vienen cuesta abajo, y traen calzas tan sólo, malas sillas coceras y las cinchas aflojadas; nosotros sillas gallegas y botas sobre las calzas. Con sólo cien caballeros, venceremos sus mesnadas; antes que lleguen al llano atáquenlos nuestras lanzas; por cada uno que nos hieran, tres de los suyos caerán. Verá Ramón Berenguer a quién se atrevió a dar caza, hoy, en el pinar de Tévar, por quitarle su ganancia.

Las armas bien empuñadas y los jinetes bien firmes en sus caballos, las huestes de Mio Cid atacan a las del conde de Barcelona en lo hondo de la cuesta, ya muy cerca del llano, y después de una breve lucha, a unos hiriendo, matando a otros, derribando por tierra con sus lanzas a muchos de ellos, quedan dueños del campo. El conde don Ramón cae prisionero de Mio Cid, y éste le gana la famosa espada Colada, que ella sola vale más de mil marcos.

El botín es inmenso. Sus hombres, alborozados, le preparan un gran yantar en su tienda a Mio Cid; pero el conde don Ramón, que ha sido invitado por Ruy Díaz a tomar asiento en su mesa, se niega a catar los manjares que le sirven.

—No he de probar bocado —dice— por todo el oro de España. Antes perderé el cuerpo, y aun, si fuera

preciso, el alma, pues que tales mal calzados me vencieron en batalla.

Mio Cid se esfuerza por consolarle.

—Comed, conde, de ese pan —le dice—, y bebed de ese vino; que, si hacéis lo que yo os diga, pronto dejaréis de estar cautivo. En caso contrario, hasta el fin de vuestros días tendréis que estaros conmigo.

Pero el conde se niega de nuevo y pasa tres días sin aceptar bocado, a pesar de las instancias que para ello le hacen. Pasado el tercer día, vuelve a insistir Mio Cid:

—Comed, conde, algo; que, si no coméis, nunca más volveréis a ver cristianos. En cambio, si comiereis, como os he rogado, a vos, conde, y a dos de vuestros hidalgos, os dejaré en libertad, para que hagáis lo que os plazca.

Al oírle, el conde exclama:

—Si eso hiciereis, don Rodrigo, hasta el final de mis días quedaré maravillado.

Y Mio Cid responde:

—Pues comed, en ese caso; y, cuando hayáis terminado a vos y a dos caballeros la libertad he de daros. Mas de lo que perdisteis y que yo os gané en el campo, sabed, conde, que no pienso devolveros un ochavo, que todo lo necesito para sostener a estos hombres que me han seguido al destierro. De lo que a vos y a otros vamos tomando tenemos que subsistir, mientras darnos vida pluguiere el Padre Santo, que otra cosa no puede hacer quien de su tierra es echado.

Con gran alegría, el conde asiente y pide el agua para lavarse las manos. Una vez concluído el yantar, dice el conde al Cid:

—Si así os pluguiere, Mio Cid, nos pondríamos ya en marcha. Mandadnos dar los caballos, y saldremos cabalgando. Desde el día que fuí conde no comí de



El conde aguijó su cabalgadura y apretó el paso, mirando atrás de cuando en cuando.

tan buen grado; el sabor de este yantar de mí no será olvidado.

El Cid manda darle tres palafrenes, muy bien enjaezados, y ricas vestiduras y mantos, ribeteados de pieles. Luego acompaña al conde y a sus dos caballeros hasta el límite del campamento. En el instante de despedirse de él, le dice:

—Id con Dios, conde, y gracias por lo que me habéis dejado. Mas si algún día os viniere el deseo de vengarlo, mandadme, conde, recado, y el encuentro arreglaremos.

Pero el conde le contesta:

—Quedad tranquilo, Mio Cid, que por ese lado nada tenéis que temer. Lo que aquí queda, de buen grado os lo dejé. Y no seré yo quien piense en recobrar lo perdido.

No obstante, el conde aguijó su cabalgadura y apretó el paso cuanto pudo, volviendo atrás de cuando en cuando los ojos, por temor de que el Cid pudiera arrepentirse de su generosidad. Pero por todo el oro del mundo, no habría hecho tal cosa el de Vivar, que, picando también espuelas, ha vuelto a reunirse con los suyos.

Sus mesnadas no caben en sí de júbilo, contando y repartiéndose el botín conquistado. Mas las riquezas son tantas que apenas si alcanzan a contarlas.

Cantar Segundo

LAS BODAS DE LAS HIJAS DEL CID

CAPITULO I

DESPUÉS de tantas victorias como hubo de ganar en aquellas tierras, Mio Cid decide alejarse de Zaragoza, y poniéndose de nuevo en marcha va dejando tras sí Huesca y los campos de Montalbán. Quiere ahora luchar de cara a la mar salada. El sol sale por Oriente, y él irá en esa dirección. Pronto conquista Jérica, Onda y Almenar, las tierras de Burriana;y, por último, la ciudad de Murviedro cae en sus manos.

Es indudable que el favor de Dios le acompaña. Su espada parece invencible, y el temor cunde por toda la comarca. Los moros de Valencia comprenden, sin embargo, que no hay más remedio que hacerle frente y, después de haber celebrado consejo, salen sigilosamente en su busca, con todas las fuerzas de que pueden disponer, que son muchas. Marchando toda la noche, llegan al amanecer a los alrededores de Murviedro, y allí plantan sus tiendas, dispuestos a asediar la ciudad.

Mio Cid, al verlos, se maravilla de su número y comprende que, para darles batalla, tendrá que concentrar todas sus fuerzas, mandando aviso a las que

fuera dejando en algunas de las poblaciones conquistadas. Y dice, dirigiéndose a los suyos:

—¡Alabado sea el Señor, nuestro Padre espiritual! En tierra de estos hombres entramos sin más; el vino suyo bebemos, y nos comemos su pan; que les hacemos gran daño nadie lo podrá negar. Razón, pues, sobrada tienen en venirnos a cercar, y a menos que les venzamos no nos dejarán marchar. Sin perder momento salgan mensajes a aquellos que nos pueden ayudar; los unos vayan a Jérica, y los otros a Alucat, desde allí vayan a Onda, y después hasta Almenar y a los de Burriana ordenen venir en seguida acá. Cuanto antes debe empezarse esta batalla campal. Confío en que esta victoria Dios también nos la dará.

Transcurridos tres días, y reunidos ya todos los hombres del Cid, éste vuelve a hablarles:

—¡Oídme, mesnadas, y que el Señor os guarde! Luego que dejado hubimos la santa cristiandad —y no por nuestro gusto, que fuimos desterrados—, quiso Dios protegernos y con su ayuda siempre salimos adelante. Mas hoy los de Valencia nos vienen a cercar, y si queremos quedar en estas tierras no tendremos más remedio que escarmentarlos duramente. Cuando pase la noche y apunte la mañana, estad bien preparados, a caballo y en armas, y todos a una cerraremos contra sus mesnadas. Hombres somos en el destierro, y estamos en tierra extraña, pero allí se ha de ver quién merece la soldada.

Álvar Fáñez dice entonces:

—Haremos, Campeador, lo que os plazca que hagamos. Pero dadme cien caballeros —no os pido ninguno más—, y vos con los restantes cerraréis contra ellos. Heridlos sin compasión, atacad sin vacilar, mientras yo, con mis cien hombres, les ataco por detrás; y fío en el Dios del cielo que el campo nuestro será.

Mio Cid aprobó el plan de Minaya, y transcurrió la noche en preparativos, sabiendo cada cual de antemano el puesto que ocuparía en la lucha. Al amanecer, Mio Cid da la señal de ataque:

—¡En el nombre del Creador y del apóstol Santiago, atacad, mis caballeros, con todo valor y afán! ¡Aquí está el Cid Ruy Díaz, el Campeador de Vivar!

Los jinetes alancean las tiendas moriscas, que se vienen abajo con estrépito, y golpean sin tregua al enemigo. Pero éste es muy numeroso, y está a punto de rehacerse, cuando Álvar Fáñez irrumpe con los suyos en el campo y los pone en fuga. Los moros, dándose ya por vencidos, escapan a uña de caballo. Pero los hombres de Mio Cid los persiguen hasta las puertas mismas de Valencia, y logran matar en esta persecución a dos emires moros. Luego, saquean todo el campo en torno, y regresan cargados de botín a Murviedro.

Pero Mio Cid no les da vagar y prosigue incansablemente su campaña. Conquista Cebolla, Peña Cadiella, con sus salidas y entradas, llega a Cullera, sube hasta Játiva, se acerca a Denia, y tres años pasa en estas tierras de moros, apresando y conquistando, durmiendo de día y a caballo por la noche, posando tan pronto en un lugar como en otro.

Los moros de aquella vega, escarmentados y empavorecidos, se han refugiado en Valencia, y no se atreven a salir de sus murallas. Sus huertas asoladas por las huestes del Cid han quedado sin cultivo, en barbecho sus sembrados, y al cabo de tres años falta el pan y la harina con que amasarlo. Cunde el desconsuelo. Nadie sabe qué hacer, el plañido es general. Padres e hijos, amigos y deudos, no pueden valerse. Se ve morir de hambre a niños y mujeres. ¡Ay, qué gran desgracia es la falta de pan!

Al fin, no sabiendo qué hacer en trance tan duro, se les ocurre acudir impetrando su auxilio al poderoso rey de Marruecos.

CAPITULO II

Pero el rey de Marruecos, en guerra a la sazón con los almohades, no pudo acudir en ayuda de los moriscos valencianos. Al saberlo, Mio Cid tiene una gran alegría y decide intentar la toma de Valencia. Abandonando de noche Murviedro, llega al amanecer a tierras de Monreal y manda en seguida lanzar pregones por Aragón y Navarra, y envía mensajeros a Castilla, anunciando que quien quiera dejar trabajos y ganar riquezas guerreando venga con el Cid, que va a poner sitio a Valencia, para entregarla a la cristiandad.

"Quien quiera venir conmigo —dice el pregón—, de voluntad ha de ser, que no por fuerza. Tres días le aguardaré en el Canal de la Celfa".

Hecho esto, el Campeador vuelve a Murviedro, adonde se le vienen a reunir muchas gentes, de todos los reinos cristianos colindantes. Sin esperar más, viendo crecer por días su grandeza, Mio Cid marcha sobre Valencia y la sitia, sin dejar resquicio por donde le pueda llegar socorro alguno.

Nueve meses duró el cerco de Valencia; al comenzar el décimo, no tiene más remedio que rendirse. Grande es la alegría, y grandes los festejos en toda la comarca. El botín es inmenso; el oro y la plata, ¿quién lo podría contar? Los que comenzaron como peones, ya son caballeros, y todos ellos, los de a pie como a caballo, son ya ricos.

El quinto que toca a Mio Cid suma treinta mil

marcos en moneda acuñada, y son incontables los demás bienes que le caben en suerte.

¡Qué alborozo el de todos cuando en lo alto del alcázar plantan la enseña del Campeador!

Descansando estaba de sus campañas Mio Cid cuando le llegó noticia de que el rey moro de Sevilla, airado por la toma de Valencia, viene a recobrarla con treinta mil hombres de armas. Dos batallas se libraron allí en la huerta, llegando en la lucha hasta cerca de Játiva. Rechazados por las huestes de Mio Cid, el de la luenga barba, tuvieron los moros que volver a pasar el Júcar, en cuyas aguas se ahogaron no pocos de ellos. El mismo rey de Sevilla escapa a duras penas, con tres heridas, habidas en el combate.

Si fué grande el botín al ser tomada Valencia, aún fué mayor el de esta victoria. De los hombres de Mio Cid, le tocaron al que menos cien marcos de plata.

Ahora sí que encuentra el Cid un reposo bien ganado. Las barbas, en tanto, le crecen y se le van alargando, en cumplimiento de aquel voto que hizo cuando fué desterrado de Castilla:

"Por amor del rey Alfonso, que de sus tierras me ha echado: no entre en mi barba tijera, ni un pelo sea cortado; y hablen de esta promesa todos, los moros y los cristianos".

A todos los que con él salieron de Castilla, Mio Cid ha colmado de riquezas, dándoles casas y heredades en Valencia. Todos se hacen lenguas de su generosidad y largueza, pero teme que algunos, ya ricos, quieran volverse a sus tierras y no vuelvan a acordarse de él, y necesitando conservar junto a él buenos guerreros y hombres leales, ordena, aconsejado por Minaya, que todos aquellos que con él ganaron algo que abandonaran Valencia sin pedirle su venia y declararse sus vasallos, los prendan donde dieren con ellos y los despojen de sus

bienes y los cuelguen de un palo. Luego, confía sus proyectos a Álvar Fáñez:

—He pensado, Minaya, hacer un registro de todos aquellos que me siguieron y ganaron conmigo algo. Haremos una lista de ellos, y todos serán contados, y si alguno se escondiere o si de menos lo echamos, sus bienes serán repartidos entre los demás vasallos que a ganar Valencia me ayudaron y que me ayudan a conservarla.

—Bien pensado está —dijo Minaya.

Y mandaron reunir a todos en Valencia, y cuando estuvieron reunidos se hizo una lista de ellos, encontrando que eran ahora tres mil seiscientos en número. Alégrasele el corazón a Mio Cid, que sonríe y dice:

—¡Gracias demos a Dios, Minaya, y a Santa María Madre! Con muy pocos salimos de mis tierras de Vivar; ahora somos muchos y ricos, y aún habremos de tener más. Si os pluguiere, Minaya, y no fuere para vos pesar, querría enviaros a Castilla, donde está nuestra heredad, a saludar al rey Alfonso, que es mi señor natural. De estos bienes y riquezas que he ganado por acá darle quiero cien caballos; ídselos vos a llevar. Por mí, besadle las manos y en mi nombre a él rogad, que mi mujer y mis hijas, que allí hubieron de quedar, me hiciera la gran merced de dejármelas sacar. Con lo que el rey os dijere mandadme un mensaje vos; yo enviaré a buscarlas, vos fijaréis los detalles; la esposa del Cid y sus hijas las infantas, con gran honra cumple que hagan su entrada en estas tierras extrañas que nuestro esfuerzo ganó.

—Pláceme el mandato, Campeador —repuso Minaya.

Cien hombres ordena Mio Cid que acompañen dando guardia a Álvar Fáñez en su misión, y le entrega mil marcos para San Pero de Cardeña, encargándole que de ellos dé quinientos al buen abad don Sancho.

Estaban haciendo los preparativos de marcha cuando acertó a llegar, de tierras de Oriente, un tonsurado, al que llamaban el obispo don Jerónimo. Era muy docto en letras y muy sesudo, y lo mismo a pie que a caballo hombre aguerrido. Mostraba gran admiración por las hazañas del Cid y ansiaba encontrarse con moros en el campo de batalla. Cuando lo oyó Mio Cid, dijo. muy satisfecho:

—Oíd, Minaya Álvar Fáñez, por Aquél que está en lo alto: cuando Dios servir nos quiere, bien es que se lo agradezcamos. En tierras de Valencia fundar quiero un obispado, y lo daré a don Jerónimo, buen caballero cristiano. Esto también en Castilla podréis a todos contarlo.

Según anunciara Mio Cid, don Jerónimo es nombrado obispo de Valencia, con gran alborozo de todos los cristianos que ahora la pueblan. Y Minaya, despidiéndose del Cid y de sus compañeros de armas, parte alegremente para cumplir la misión que le fuera encomendada.

CAPITULO III

Dejando en paz y tranquilas las tierras de Valencia, Minaya Álvar Fáñez se dirige hacia Castilla con su séquito de cien caballeros y los cien caballos que Mio Cid envía en presente al rey Alfonso. Al entrar en el reino castellano, se informó de dónde podría encontrar a la sazón a don Alfonso, enterándose de que, habiendo salido el rey hace poco de Sahagún, lo más probable es que lo encuentre ahora en Carrión.

Hacia allá se encamina Minaya, encontrando al rey

en el momento en que éste sale de oír misa. Yendo a su encuentro, en presencia de todo el pueblo se pone de hinojos Minaya ante el rey don Alfonso y, besándole con gran humildad las manos, le dice así:

—¡Merced, mi rey don Alfonso, por amor del Creador! Las manos manda besaros Mio Cid el Campeador; las manos y pies os besa, cual cumple a tan gran señor, y que le hagáis gracia os pide, en nombre del Salvador. Vos, rey, le desterrasteis, privándolo de vuestro amor, pero, aunque en tierra extraña, su deber siempre cumplió: los pueblos de Jérica y Onda con sus huestes conquistó; tomado ha luego Almenar, y Murviedro, que es aún mayor; cayeron después Cebolla, y más tarde Castejón, y Peña Cadiella, la villa fuerte asentada en un peñón. Con todas estas ciudades ya de Valencia es señor, y en ella, para bien de las almas un obispado creó. En cinco lides campales siempre su espada venció; grandes fueron las ganancias que le dió Nuestro Señor. En prenda de ellas os traigo lo que podéis ver por vos: cien caballos corredores, todos ellos con guarnición; con frenos y con jaeces y ricas sillas de arzón. El Cid os ruega, mi rey, que los toméis para vos; que es siempre vuestro vasallo, y no tendrá otro señor.

Don Alfonso alzó la mano y santiguándose, repuso:

—De esas ganancias tan pingües que conquistó el Campeador, ¡por San Isidoro bendito, me alegro de corazón! Y plácenme mucho las nuevas que me traes de tu señor. Con alegría recibo estos caballos que me envía en don.

Pero si don Alfonso se alegra, no les pasa lo mismo a algunos de los señores que le rodean, y el conde García Ordóñez no pudo disimular su sentir:

—¡Diríase que en tierra mora ya no hay hombres

de valor, cuando así hace a su guisa Mio Cid el Campeador!

Pero el rey le reprende, enojado:

—Basta ya, conde García; no sigáis hablando, no; que de toda suerte el Cid mejor me sirve que vos.

Prosigue entonces Minaya, dirigiéndose al rey:

—Mio Cid os ruega también, que, si os pluguiere, señor, a su esposa y sus dos hijas les deis autorización para salir del convento en donde él las dejó, e ir a reunirse en Valencia con vuestra fiel Campeador.

El rey le contesta a ello:

—Pláceme de corazón; mientras fueren por mis tierras, cuidar de ellas sabré yo, y ponerlas a cubierto de afrenta y de deshonor. Cuando lleguen a la raya, de todo ello habréis de encargaros vos, ya que a vuestra lealtad y cuidado Mio Cid las confió. ¡Oídme ahora, mesnadas y caballeros, escuchad con atención! No quiero que pierda nada Mio Cid el Campeador: a todos los hombres de armas que siguieren su pendón, lo que yo les confisqué quiero devolverles hoy; recobren sus heredades aunque estén con el Campeador, y por la suerte de los suyos no padezcan desazón. Esto hago por que puedan servir siempre a su señor.

Álvar Fáñez vuelve a besar las manos del rey, y éste concluye:

—Los que quisieren marchar a servir al Campeador, mi venia tienen: con él vayan y en la gracia del Señor. Más ganaremos con esto que con otro desamor.

Entretanto, hablaban entre sí aparte los infantes de Carrión, mozos y sin casar aún, de lo más linajudo de aquellos reinos cristianos, pero sin grandes bienes de fortuna. Viendo las grandes riquezas ya acumuladas por Mio Cid, y las que sin duda habrá aún de ganar, pensaron que podría ser bueno para ellos casar con sus hijas; pero como el linaje de los condes de Carrión era

mucho más encumbrado que el de Ruy Díaz de Vivar, no se atrevieron todavía a confiar a nadie su pensamiento. Acompañaron, sin embargo, a Álvar Fáñez un buen trecho de camino y, al despedirse, le encargaron:

—Vos, que en todo sois de pro, hacednos hoy la bondad de llevar nuestros saludos a Mio Cid el de Vivar, y decirle que como amigos de hoy más nos puede contar.

Ofreció Minaya cumplir el mandato y continuó su camino hacia el monasterio de San Pero de Cardeña, mientras los infantes se volvían a la corte.

Echando pie a tierra, rezó un momento ante el altar de San Pedro, y de allí se dirigió a ver a doña Jimena, a la que dijo:

—Albricias, doña Jimena; que Dios os guarde de mal, y que a vuestras dos hijas las quiera también guardar; Mio Cid manda saludaros desde allí donde él está; gran riqueza y salud tenía cuando yo le fuí a dejar. Por gracia del rey Alfonso, en libertad quedáis ya de veniros a Valencia, que ahora es nuestra heredad. Cuando el Cid os vea a las tres, sanas y sin mal, ¡qué pronto todas sus penas se habrán ya de disipar!

—Así será, si Dios quiere —repuso doña Jimena.

Álvar Fáñez envió entonces tres de sus caballeros a Valencia para que comunicasen las buenas nuevas a Mio Cid y le anunciaran que a los quince días, más o menos, llegaría allá con su esposa y sus dos hijas. Al mismo tiempo comenzaron a llegar al monasterio caballeros de todas partes que querían ir con Mio Cid. A los pocos días contaba Minaya más de sesenta y cinco nuevos caballeros, aparte de los cien que con él enviara el Campeador, todos ellos ya impacientes por proseguir la marcha.

Pero Minaya, luego de haber entregado al abad los quinientos marcos que el Cid ordenara, decidió ir a Bur-

gos a fin de emplear los dineros restantes en comprar las más ricas vestiduras y aderezos, y los mejores palafrenes y mulas, para doña Jimena y sus hijas, y las damas que habían de acompañarlas.

Así lo hicieron, y ya se disponían a salir de Burgos cuando aquellos dos judíos, Raquel y Vidas, a los que el Cid dejara en prenda las dos arcas llenas de arena, vinieron a arrojarse a los pies de Minaya, clamando:

—¡Misericordia, Álvar Fáñez, caballero de fiar! Si Mio Cid no nos paga, nuestra ruina ello será. Páguenos, como dijo el Cid, y con ello nos salvará. Al interés renunciamos, si nos vuelve el capital.

Minaya se esforzó por tranquilizarlos, ofreciéndoles llevar al Cid su mensaje y prometiéndoles que aquél sabrá recompesarles la ayuda que en otro tiempo le prestaran.

—¡Quiéralo así la divina voluntad! —suspiran Raquel y Vidas—. Que, de otro modo, dejaremos Burgos y lo iremos a buscar.

De vuelta Álvar Fáñez al monasterio con las cosas mercadas, y llegado el momento de despedirse, el buen abad, con gran duelo, le dice:

—¡El Salvador os valga, Álvar Fáñez Minaya! En mi nombre las manos al Campeador besad; y rogadle que este monasterio nunca eche en olvido, que nosotros, por nuestra parte, jamás lo habremos de olvidar. Así, nosotros no vendremos a menos, y él cada día habrá de llegar a más.

—Como encargáis, lo haré de voluntad —contesta Minaya.

Y, una vez terminadas las despedidas, se ponen en marcha. Por dondequiera que pasan los reciben con gran alborozo. A los cinco días llegaron a Medina, y allí se detuvieron para que las damas pudieran descansar más reposadamente.

CAPITULO IV

Al recibir Mio Cid en Valencia a los caballeros que le envía Minaya con el anuncio de su próxima llegada en compañía de doña Jimena y sus hijas, el Campeador se alegra desde el fondo del corazón, y dice:

—A quien buen mandadero envía, bueno hay también que enviar. Tú, Muño Gustioz, y tú, Pero Bermúdez, marchad; y marchen también Martín Antolínez, entre los leales leal, y el obispo don Jerónimo, sacerdote de fiar, con cien hombres bien armados por si hubiere que luchar. Por Santa María, primero, tendréis todos que pasar; después seguid a Molina, que más adelante está; Abengalbón manda en ella, y es moro amigo y de paz; con otros cien caballeros él os acompañará. Subid, luego, hacia Medina, hasta llegar a encontrar a mi esposa y mis dos hijas, que con Minaya vendrán. En seguida, con gran honra, conducídmelas acá. Yo me quedaré en Valencia, que ganarla gran trabajo me costó, y locura sería ahora dejarla sin protección.

Esto dicho por Mio Cid, los caballeros y hombres de armas designados por él se ponen a cabalgar, y cabalgando lo más deprisa que pueden dejan atrás Albarracín y se albergan durante la noche en Fronchales y, poniéndose de nuevo en camino, llegan al anochecer del día siguiente a Molina.

El moro Abengalbón los recibe de muy buen talante, y Muño Gustioz le dice:

—Mio Cid os manda saludar y os pide que, con cien caballeros vuestros, hasta Medina vayáis, donde su

esposa y sus hijas aguardándoos están, y que desde allí a Valencia vos mismo las conduzcáis.

Abengalbón asintió al pedido de Mio Cid y ofreció aquella noche un gran festín a sus enviados. A la mañana siguiente se pone en marcha con doscientos caballeros en vez de los cien que le pidiera Mio Cid.

Cruzando las sierras, escarpadas y bravías, y andando sin recelo, como quien no temer ser atacado, atravesaron luego el llano de la Mata de Taranz y bajaban ya por el valle de Arbujuelo cuando los vigías de Álvar Fáñez en Medina los divisaron y acudieron a darle aviso.

Precavidamente, y en la duda de lo que pudiera ser una tropa tan grande de gente armada, Álvar Fáñez destacó a dos caballeros para que averiguasen lo que hubiere; pero, al poco tiempo, volvió uno de ellos, diciendo:

—Son huestes del Campeador que nos vienen a buscar. Ved allí a Pero Bermúdez, que se quiere adelantar, y a Muño Gustioz, que rehusa quedarse atrás, y a Martín Antolínez el burgalés, y al obispo don Jerónimo, amigo de guerrear. Él alcaide Abengalbón con sus fuerzas también va, por amor de Mio Cid, que así le quiere honrar. Todos vienen juntos; muy pronto ya llegarán.

—¡A caballo! —exclamó Álvar Fáñez—. ¡Vámoslos a encontrar!

Montando precipitadamente a caballo, sale Álvar Fáñez con sus cien caballeros al encuentro de los que llegan. Todos montan corceles soberbios, con cubiertas de cendal y petral de cascabeles, los escudos colgados del cuello, en el puño las lanzas, engalanadas con sus pendones. Quiere Álvar Fáñez que vean los otros cómo sabe honrar a las damas que consigo trae de Castilla.

Cuando llegan los caballeros moros de Abengalbón y los cristianos enviados por Mio Cid a las orillas del Jalón, allí encuentran a los de Álvar Fáñez jugando las armas y mostrando su destreza y su buen porte.

Todos acuden a saludar a Minaya, y Abengalbón se adelanta sonriendo hacia él y, al abrazarle, siguiendo la usanza mora, le besa en un hombro.

—¡Dichoso el día, Minaya, en que os vengo a encontrar! —le dice—. Damas traéis con vosotros que honra nos vienen a dar. ¿Quién a la esposa y las hijas del Cid se atrevería a no honrar? ¿No es acaso Mio Cid Ruy Díaz nuestro señor natural? Por mal que le quisiéramos, no le podríamos hacer mal, que siempre habrá de vencernos en la guerra y en la paz. Por muy ciego tengo yo al que no vea esta verdad.

Sonrió Álvar Fáñez al oírle:

—¡Bien veo, Abengalbón, que sois amigo sin falla! Si Dios me lleva hasta el Cid, y lo ve otra vez mi alma, lo que hicisteis por nosotros no habrá de quedar sin paga. Vámonos ya a descansar, que la cena está adobada.

—Mucho me place aceptarla —replicó Abengalbón—, y antes que pasen tres días la devolveré doblada.

Entran todos en Medina, y todos quedan más que contentos del festín de aquella noche, que manda pagar el rey don Alfonso. Al amanecer, después de oída la misa, se ponen otra vez en camino, volviendo por el mismo que trajo Abengalbón, hasta llegar a Molina, que es su feudo. Durante todo este tiempo, el obispo don Jerónimo y Álvar Fáñez han dado custodia, sin apartarse de ellas un punto, a doña Jimena y sus hijas.

En Molina, Abengalbón agasaja a todos, mandando incluso cambiar las herraduras de todas las mulas y caballos, y honrando con especial atención a las damas. Un día permanecieron en Molina, continuando



—Por gracia del rey Alfonso, en libertad quedáis ya de veniros a Valencia.

viaje al siguiente, acompañadas siempre por Abengalbón, que no consintió en separarse hasta dejarlas en la misma Valencia, costeando por su cuenta todos los gastos y sin permitir que Álvar Fáñez pusiera nada de lo suyo.

Al llegar a unas tres leguas de Valencia mandan recado a Mio Cid, que, lleno de júbilo, envía por delante a recibirlas a doscientos caballeros de los que tenía con él. Luego, ordenando a sus servidores que guarden bien el alcázar y las demás torres altas, y que vigilen las puertas y las murallas, manda traer su nuevo caballo, Babieca por nombre, que ganara al rey moro de Sevilla en aquella batalla memorable, el más hermoso de todos los caballos apresados, pero del que aún no se sabe si es buen corredor y si no está resabiado. A la puerta de Valencia quería Mio Cid, en honor de doña Jimena, jugar las armas.

Entretanto, el obispo don Jerónimo se ha adelantado hacia la ciudad y, entrando en la iglesia, se reviste a toda prisa con sus más ricas vestiduras sacerdotales y, seguido de los que allí están, ya preparados para la recepción, vestidos con sobrepellices y con las cruces de plata alzadas, salen al encuentro del cortejo que trae a las damas y que se ha detenido delante de las murallas.

Mio Cid, vestido con una gonela de seda brochada, la luenga barba derramándosele por el pecho, monta en Babieca, ricamente enjaezado y con gualdrapa de rico damasco, y empuña una lanza de torneo. Clavando los acicates en los ijares de Babieca, le hace dar una carrera tan rauda, que todos los que lo contemplan se quedan maravillados. Jamás se había visto correr a un corcel así; desde aquel día, Babieca fué famoso en toda España.

Parando en seco cerca de donde están su esposa y

sus hijas, el Cid descabalga y avanza hacia doña Jimena. Esta, viéndole llegar, se echa a sus plantas y dice:

—¡Merced, Campeador que en buen hora ceñisteis espada! Jamás hubo una esposa de más favores colmada. Heme aquí, señor, a vuestros pies, con las hijas que me disteis y que para vos crié.

Mio Cid parece no poder saciarse de contemplar y abrazar a su esposa y sus hijas, y de gozo lloran los cuatro. Pasadas las primeras efusiones y mientras sus hombres huelgan, jugando a las armas y derribando tablas, Mio Cid dice a su mujer:

—Vos, doña Jimena, mi esposa buena y honrada, y vosotras, hijas mías, que sois mi corazón y mi alma, en la ciudad de Valencia conmigo haced vuestra entrada, que para vosotras tres esta heredad fué ganada.

Madre e hijas le besan las manos y, en medio de grandes honras y regocijos, las tres en Valencia entraron.

Mio Cid las lleva al alcázar y las hace subir con él a la torre más alta. Desde allí, se distingue en derredor toda la vega valenciana. El les va mostrando la ciudad a sus pies mismos, las huertas en torno, anchas y frondosas, plantadas de naranjos en flor, y al fondo, el mar azul. Tan grande y hermosa es la vista, que todos alzan las manos hacia Dios y le dan gracias por una tal merced.

CAPITULO V

La fama de las hazañas de Mio Cid se ha extendido, mientras tanto, por tierras de los moros y ha llegado a oídos del poderoso rey Yusuf de Marruecos. Enó-



Doña Jimena, viéndole llegar, se echó a sus plantas.

jale especialmente a éste, no sólo los grandes triunfos del Campeador, sino que todos ellos los atribuya al favor de Jesucristo. Al fin, decidido a acabar con Mio Cid, mandó reunir sus fuerzas, que sumaban en conjunto más de cincuenta mil hombres, y con ellos se hizo a la mar, rumbo a Valencia.

Cuando Mio Cid quiso enterarse, ya las tiendas del rey Yusuf se levantaban en torno a Valencia.

—¡Loado sea el Señor, nuestro Padre espiritual! —clamó Mio Cid al saberlo—. Todo el bien que yo poseo, a nuestros pies aquí está; con afán gané a Valencia, y téngola por heredad; como no sea por muerte nadie me la hará dejar. A Dios y a Santa María gracias téngoles que dar, porque mi esposa y mis hijas conmigo las tengo acá. Viéneme a buscar la suerte de tierras allende el mar, y contra moros de nuevo las armas me hace empuñar. Así mi esposa y mis hijas me verán ahora guerrear. Verán en tierras extrañas lo difícil que es estar, y verán por sus mismos ojos cómo hay que ganar el pan.

Y como aquella misma tarde, habiendo subido con su esposa y sus hijas a la torre del alcázar para mostrarles el campamento morisco, doña Jimena se pasmase de las grandes huestes del rey Yusuf, Mio Cid le contesta en chanza:

—¡De eso, doña Jimena, no habéis de tener pesar! Para nosotros, ganancia todo esto y más será. Apenas llegada y ya regalos os quieren dar; para casar a las hijas aquí os traen el ajuar.

—¡Gracias os sean dadas, Señor, y a nuestro Padre espiritual! —dice doña Jimena con unción.

Y Mio Cid:

—Mujer, en este alcázar y en esta torre quedad, y no hayáis pavor alguno cuando me veáis luchar, que Dios y Santa María favorecerme querrán, y ha de acre-

cerme los bríos el saberos aquí atrás. Con la ayuda del Señor la batalla he de ganar.

Al romper los primeros albores del día resuenan los atambores en el campo moro, llamando a la lucha. El corazón de Mio Cid se dilata y alegra, pensando: "¡Gran día será el de hoy!" Pero el de doña Jimena está lleno de inquietud, y sus dos hijas y sus damas tiemblan, que nunca oyeron un estruendo semejante ni vieron una tal hueste enemiga.

El Campeador, sin embargo, se acaricia la luenga barba y trata de calmarlas donosamente:

—Tranquilas quedad; no tengáis más miedo, no, que muy pronto, si así pluguiere al Señor, esos atambores moros en mi poder tendré yo, y mandaré que os los muestren, por que perdáis el temor. Don Jerónimo irá entonces a colgar tanto tambor en el templo de María, la santa madre de Dios.

Con estas palabras de Mio Cid las damas van recobrando el ánimo y miran sin temor a los jinetes moriscos que se adentran por las huertas del contorno.

En las atalayas comienzan a tañer a voleo las esquilas, y las mesnadas de Ruy Díaz, armadas de todas las armas, salen de la ciudad al encuentro del enemigo. La batalla dura todo el día, llegando hasta la linde misma del campamento y dejando sin vida a más de quinientos moros, pero éstos logran apresar al buen Álvar Salvadórez. El contento, sin embargo, es grande cuando a la anochecida vuelven a la ciudad, y Mio Cid, muy satisfecho de las hazañas de sus hombres, les dice:

—Oídme, mis caballeros: esto aquí no ha de quedar. Si hoy ha sido bueno el día, mejor mañana será. A la hora del alba, todos armados estad; el obispo don Jerónimo la absolución nos dará; la misa nos dirá luego, y en seguida a cabalgar. En el nombre de Santiago y del Señor celestial, sin pérdida de momento les habre-

mos de atacar. O los vencemos a ellos, o ellos nos quitan el pan.

Álvar Fáñez le ruega entonces:

—Si así lo queréis, buen Cid, a mí mandadme algo más: ciento treinta caballeros expertos en guerrear, a retaguardia conmigo de momento quedarán, y cuando ataquéis vos de frente, las vueltas les tomarán.

Mio Cid aprueba la maniobra, y transcurre la noche en los preparativos de la jornada venidera. Después que han cantado por segunda vez los gallos del alba, don Jerónimo les dice una misa cantada y les da la absolución.

—El que en la lucha muriere, peleando cara a cara —añade el obispo—, de sus pecados le absuelvo, y que Dios acoja su alma. A vos, don Rodrigo, que en buen hora ceñisteis espada, una misa os acabo de cantar esta mañana, y a cambio de ella pediros quiero una gracia: que, en la próxima batalla, los primeros golpes sean dados por mi espada.

Mio Cid le concede la gracia pedida, y todos los guerreros, exceptuando los que quedan guardando las puertas, bien aleccionados por el Campeador, comienzan a salir por las torres de Cuarte.

Mio Cid monta en Babieca y, al frente de cuatro mil hombres menos treinta, que suman sus mesnadas, se dispone a atacar a los cincuenta mil moros, que componen las huestes de Yusuf. Minaya con Álvar Álvarez y los ciento treinta caballeros que pidió al Cid les atacan por otro lado, y entre unos y otros, y con la ayuda de Dios, les ponen en rota.

Mio Cid maneja la lanza hasta que se le quiebra, luego echa mano a la espada, y tantos son los moros que mata, que mal podrían ser contados. Hasta el codo tiene el brazo tinto en sangre. Topando con el rey Yusuf, le descarga tres grandes golpes, pero el rey moro

escapa y corre, a todo el correr de su caballo, a refugiarse en el castillo de Cullera, castillo muy bien guardado, hasta el pie de cuyos muros le persigue Mio Cid.

Como no puede tomar el castillo, vuelve a Valencia con sus huestes, muy contento del enorme botín ganado, y muy contento también del comportamiento de Babieca, que ha demostrado en la lucha no tener su igual entre los caballos. De los cincuenta mil hombres que venían con Yusuf sólo ciento cuatro han escapado. Las mesnadas de Mio Cid acaban de saquear el campamento, y es tal la ganancia, que, sin contar el sinfín de objetos preciosos de toda clase, solamente entre el oro y la plata recogieron tres mil marcos.

CAPITULO VI

Habiendo dejado a Álvar Fáñez al cuidado de todo aquello, de la recogida del botín así como del retiro de las tropas a Valencia, Mio Cid, con cien de sus caballeros, se ha vuelto a la ciudad. Montado en Babieca, sin armadura y sin yelmo, desnuda la cabeza, la espada en la mano, llega al alcázar, donde le están aguardando las damas. Deteniendo ante ellas el caballo, dice, con gran cortesía:

—Dios os guarde, mis señoras, que gran prez habéis ganado; vosotras la ciudad guardasteis, mientras yo vencía en el campo. Así lo dispuso Dios, y con El todos sus santos, que sin duda por vosotras tal ganancia nos ha dado. Ved esta espada sangrienta, y sudoroso el caballo: es así cómo se vence a los moros en el campo. Rogad a Dios que os viva todavía algunos años, y muchos os besarán, en vasallaje, las manos.

Esto diciendo, Mio Cid baja del caballo y acude a levantar del suelo a doña Jimena, que, con sus hijas

y todas las damas allí presentes, ha doblado las rodillas ante el Campeador, al par que le dice:

—¡Vuestras somos y al Señor pedimos que aún nos viváis muchos años!

Platicando animadamente, entran todos en el palacio y se sientan en unos ricos escaños. Vuelve a hablar Mio Cid y dice:

—Mi esposa, doña Jimena, ya que así me lo habéis rogado, a estas damas que trajisteis y que tan bien os sirvieron quiero casar con algunos de estos mis buenos vasallos. A cada una de ellas he de dar doscientos marcos, y que sepan en Castilla que sirvieron a buen amo. Las bodas de vuestras hijas, se tratarán más despacio.

Transportadas de júbilo, las damas se levantan y corren a besar las manos de Mio Cid, y la alegría se difunde, con la nueva, por todo el palacio.

Mientras tanto, Álvar Fáñez continuaba afuera, en el campo, haciendo un inventario del botín, que excede en cantidad y en riqueza a todo lo pasado. Incontables son las ricas vestiduras y las armas y pertrechos de toda clase, y son tantos los caballos con ricos jaeces que vagan sin jinete por aquellos campos que apenas hay bastantes manos para tomarlos de la cabezada. ¡Y qué de tiendas preciosas, con sus cortinas de seda y sus postes de maderas finas bien labradas! Tan grande es el botín, que aun a los moros amigos de aquellas huertas les ha tocado algo en el reparto.

En cuanto a la parte que corresponde a Mio Cid, aparte de otras mil cosas, le han tocado mil caballos y la tienda del rey moro, toda de seda y sustentada por dos tendales de oro finamente cincelados. Pero Mio Cid ha ordenado que la dejen en su sitio y no la toque nadie, que quiere enviarla como presente al rey don Alfonso el Castellano, a fin de que vea por sus ojos cómo va medrando el desterrado. Quiere también re-

galar el diezmo de su quinto al obispo don Jerónimo, que aquel día ha hecho verdaderos prodigios en el campo de batalla, no pudiendo llevarse la cuenta de los moros que ha matado. Por último, y en medio del alborozo de todos, Mio Cid manda llamar a Álvar Fáñez y le dice:

—¿Dónde estabais, hombre cabal? Venid para acá, Minaya. La parte que os toca, vuestra es, y os la tenéis bien ganada; pero, además, de la parte mía, os digo con toda el alma que toméis lo que quisiereis, que con el resto me basta. Mañana, al romper el día, habéis de marchar sin falta, con caballos de este quinto que me tocó en la ganancia, todos con sillas y frenos, todos con sendas espadas. Por amor de mi mujer y mis hijas bien amadas, por habérmelas mandado como ellas deseaban, estos doscientos caballos al rey el Cid le regala, cual cumple a vasallo fiel que a su señor no ha olvidado.

Luego designa a Pero Bermúdez para que vaya con Minaya, y dispone que les den escolta doscientos caballeros más. A la mañana siguiente, muy temprano, salen todos, portadores del presente y el mensaje de Mio Cid.

Vigilando sin tregua, a causa de las riquezas que llevan, andando noche y día, sin darse un punto de reposo, llegan a Castilla y empiezan a preguntar por el rey don Alfonso. Como les dicen que se encuentra en Valladolid, hacia allí se encaminan, enviándole recado de la misión que traen.

Alégrase el rey al oírlo de manera extraordinaria y, mandando cabalgar a todos sus hidalgos, sale al encuentro de Álvar Fáñez. Pero, si el rey se alegró, no les ocurrió lo mismo a algunos de los señores que le rodeaban, a los que empezaba a pesar el creciente favor de Mio Cid, entre ellos a los infantes de Carrión

y al conde don García, que ya la vez pasada, con motivo del anterior presente del Campeador, no lograra disimular su ojeriza.

Al divisar la gente de Mio Cid, que más parece una gran hueste de guerra que una escolta de honor, santíguase de asombro el rey. A los pocos momentos, Minaya y Pero Bermúdez, que se han adelantado hacia don Alfonso, descabalgan e hincados ante él de hinojos, besan, primero la tierra, y después los pies del castellano, al par que dice Minaya:

—¡Merced, gran rey don Alfonso, nuestro señor y rey! En nombre de Mio Cid aquí os besamos los pies; él os tiene por señor y llámase vuestro vasallo, y jamás olvidará el homenaje que os debe. Ha pocos días que una batalla ganó, contra ese rey de Marruecos que Yusuf tiene por nombre. Cincuenta mil guerreros hubo de vencer en campo; inmensas son las ganancias que en la lucha se lograron; ricos son ya todos los hombres que con sus huestes marcharon. Aunque riquezas mayores piensa para vos ganar, estos caballos os ruega tengáis a bien aceptar.

Contestó el rey Alfonso:

—Recíbolos de muy buen grado. Agradezco a Mio Cid este don que me ha enviado, y espero que llegue el día en que por mí sea premiado.

Con esto, los enviados de Mio Cid le besan las manos y todo el mundo muestra su alegría, con excepción del conde don García y algunos de sus deudos, que, apartándose a un lado, murmuran del encumbramiento del Cid.

—¡Mala cosa —murmuran— es que su honra crezca tanto! La honra que él va ganando, nos va afrentando a nosotros. ¡Raro sería si de esto no nos viniere algún daño!

Pero el rey se siente orgulloso de Mio Cid y, para

demostrar su contento, manda regalar ricas vestiduras y armas a Minaya Álvar Fáñez y a Pero Bermúdez, honrando en ellos al Cid, y les regala tres de los caballos que le envía aquél, permitiéndoles escogerlos. Y concluye: —Contento estoy, y una voz oigo allá, en lo hondo de mí, que me dice que estas cosas habrán de tener buen fin.

Después de lo cual, todos se entran a descansar.

CAPITULO VII

Los infantes de Carrión, aguzada su codicia por las nuevas de la creciente prosperidad del Cid, platican entre sí del caso y deciden casarse con sus hijas, pensando que ello les dará grandes riquezas y que Mio Cid se tendrá por muy honrado emparentando con un tan alto linaje. Van, pues, a ver al rey Alfonso, y uno de ellos le dice:

—Esta merced os pedimos, como rey y señor nuestro: queremos, si este proyecto tuviese vuestra aprobación, que nos pidáis a las hijas de Mio Cid el Campeador; casar queremos con ellas; honra será de los dos.

El rey Alfonso se quedó un largo rato meditando, y repuso luego:

—Yo de mis tierras eché al buen Cid Campeador; el mal que yo le hice, él con bien me lo pagó; mas no sé si el casamiento aceptarlo querrá o no. En todo caso, puesto que así lo queréis, trataremos la cuestión.

En seguida, retirándose a otro aposento con Álvar Fáñez y Pero Bermúdez, les fué a hablar de esta manera:

—Pero Bermúdez, Minaya, escuchad esta razón. Tan cabalmente me sirve Mio Cid el Campeador, que como él se merece le otorgaré mi perdón; que venga

cuando le plazca decidle a vuestro señor. Sabed también que don Diego y don Fernando, los infantes de Carrión, con las hijas de Mio Cid casarse quieren los dos. Sed ambos mis mensajeros, así os lo ruego yo, y llevad estas noticias a Mio Cid el Campeador. Honra mayor habrá así, y acrecentará su honor, si por bodas emparienta con infantes de Carrión.

Minaya se inclina ante el rey, y dice, expresando también el sentir de Pero Bermúdez.

—A Mio Cid se lo diremos, cual lo habéis mandado vos, y que haga después el Cid lo que tenga por mejor.

Todavía antes de partir les encarga el rey:

—Decid a Ruy Díaz, el que en buen hora nació, que en donde a él le convenga podremos vernos los dos; que en aquello que yo pueda ayudarle quiero yo.

Al saber Mio Cid que sus enviados se acercan a Valencia, monta a caballo y sale al encuentro de ellos. Al llegar a su presencia, sonríe y los abraza estrechamente.

—En pocas tierras se encuentran varones como estos dos —dice Mio Cid, en loa de los que llegan, y dirigiéndose a ellos—: ¿Cuáles noticias me manda don Alfonso, mi señor? ¿Está contento de mí? ¿No me ha rechazado el don?

—De alma y de corazón, Mio Cid, os lo agradeció —contesta Minaya—. Muy contento está de vos, y os devuelve su favor.

Mio Cid da gracias al Creador por tan buena nueva, y sus mensajeros le trasmiten el deseo de los infantes de Carrión de casar con sus hijas, y el consejo del rey de que acceda a la petición de los infantes.

Cuando esto hubo oído, el Campeador quedó un largo rato en silencio, meditando. Al fin, dijo:

—Todo esto le agradezco a Cristo, Nuestro Señor. Echado fuí de mis tierras, me quitaron el honor, y

con no poco trabajo gané lo que tengo hoy. A Dios agradezco que el rey me haya vuelto a su favor, y que mis hijas me pida para los de Carrión. Antes de decidir, sin embargo, saber desearía yo, de estas bodas proyectadas, qué es lo que pensáis los dos.

—A nosotros nos parece lo que os parezca a vos —contestan Minaya y Pero Bermúdez.

Mio Cid vacilaba, no sabiendo qué decidir, pues si es cierto que los de Carrión eran de muy alto linaje, temía en cambio pecasen de orgullosos y de vanos. No obstante, como aquellas bodas parecían ser del gusto de don Alfonso, Mio Cid no se atrevió a contrariarle, y envió sin más tardanza a dos de sus caballeros con un mensaje para el rey, comunicándole su aceptación, y que ambos se reunirían a orillas del río Tajo, puesto que el rey se empeñaba en honrarle dejando a su albedrío la designación del lugar.

Cuando el rey recibió las cartas de Mio Cid, se alegró de corazón y dijo a sus mensajeros:

—Saludad a Mio Cid, el que en buen hora ciñó espada. Celébrese la entrevista al cumplirse tres semanas; si para entonces yo vivo, me encontraré allí sin falta.

Ya de una y otra parte se preparan a toda prisa para las visitas. ¿Cuándo se vió jamás por Castilla tantos palafrenes lucidos, tantos corceles y mulas tan ricamente enjaezadas, tantos pendones vistosos flameando en el cabo de sus astas, tantos escudos guarnecidos de oro y plata, tantos ricos mantos y pieles y finos cendales de Alejandría? El rey mandó provisiones en abundancia al lugar donde había de celebrarse el encuentro, y todos los señores de su séquito rivalizan en dispendio y galanía.

Los infantes de Carrión especialmente no reparan en el gasto y compran cuanto se les antoja, pagando a

unos, quedando a deber a otros, imaginando que con aquellas bodas tendrán ya sin tasa el oro y la plata.

Entretanto, allá en Valencia, no son menores los aprestos que hace Mio Cid. Todos, grandes y chicos, visten de colores gayos y todos lucen sus más ricas galas.

A Álvar Salvadórez y a Galindo García, el de Aragón, entrega Mio Cid el mando de Valencia, ordenando que, mientras dure su ausencia, nadie abra por ningún concepto las puertas del alcázar. Hechas estas recomendaciones, pican espuelas y abandonan la ciudad.

Un día antes que Mio Cid hubo de llegar don Alfonso al lugar designado, con su largo séquito de condes y ricoshombres y sus mesnadas sin cuento de gallegos, leoneses y castellanos. Cuando las gentes del Cid llegan a la vista de las del rey, que ha querido salir a su encuentro, para así honrarle, Mio Cid manda parar a sus caballeros, y desmontando, con los más allegados de ellos, se dirige hacia el rey y, al llegar frente a él, se hinca de hinojos, pone las manos en tierra, muerde la hierba del campo y, del gozo extremado que siente, las lágrimas se le saltan de los ojos. De esta suerte rinde homenaje a su rey.

Pero don Alfonso se turba al presenciar tales muestras de humildad, y le dice apresuradamente:

—Levantaos, levantaos, Mio Cid el Campeador; besar las manos os dejo, pero besar los pies no; si no lo hiciereis así, no os volveré mi favor.

Pero Mio Cid, permaneciendo de rodillas, insiste:

—Merced os pido, buen rey y mi natural señor: que, arrodillado, os suplico me devolváis vuestro amor, y puedan oírlo todos los que están en derredor.

—Así lo haré —dijo el rey—, de alma y de corazón. Aquí os perdono, Cid, y os devuelvo mi favor; desde hoy en todo mi reino mi protección tendréis vos.

Y Mio Cid repuso:

—Gracias os sean dadas, mi señor, por el perdón; gracias doy al Dios del cielo y después del cielo a vos, y a todas estas mesnadas que aquí están en derredor.

Con las rodillas aún hincadas, besa de nuevo las manos del rey; luego, se levanta y vuelve a besarlo, esta vez en la boca.

Todos los presentes se alegraron en extremo de la reconciliación, excepto el conde García Ordóñez y Álvar Díaz, que se duelen de ello en su interior.

Todo aquel día yantaron y hubieron fiesta los dos séquitos y escoltas a expensas del rey, que parece no poder cansarse de contemplar a Mio Cid, admirando su luenga barba y escuchando con maravilla el cuento de sus proezas.

Al otro día, le toca invitar al Cid, que manda dar de comer por su cuenta a todos. La alegría es general, y todos están acordes en que hace años que no comieran mejor.

CAPITULO VIII

Al día siguiente, y después que el obispo don Jerónimo les hubo cantado una misa, el rey reunió a todos y les dijo así:

—¡Mesnadas, infanzones y condes, oíd con atención! Hacer quiero un ruego a Mio Cid el Campeador, y que sea en su provecho, si así lo quiere el Señor. Vuestras hijas, Cid, os pido, doña Elvira y doña Sol, para que casen con ellas los infantes de Carrión. Estimo que el casamiento os dará honra a los dos; los infantes os las piden, y los recomiendo yo. Y pido a todos aquellos que están presentes y son vasallos vuestros o míos que rueguen en su favor. ¡Dádnoslas, pues, Mio Cid, y que os valga Cristo Nuestro Señor!

—No querría yo casarlas —repuso el Campeador—, que aún tienen poca edad y las dos muy niñas son. Grande es la fama de que gozan los infantes de Carrión; buenos son para mis hijas y aún quizás para mejor. Yo dí vida a estas dos niñas, pero las criasteis vos; a lo que mandéis estamos, rey Alfonso, ellas y yo. Queden aquí, en vuestras manos, doña Elvira y doñe Sol; dadlas vos a quien quisiereis, que siempre será en mi honor.

Dió el rey las gracias a Mio Cid por su consentimiento, y los infantes de Carrión le besaron las manos y trocaron con él su espada, en señal del pacto convenido. Luego, volvió a hablar don Alfonso:

—Gracias, Mio Cid, y también gracias a Dios por confiarme vuestras hijas, doña Elvira y doña Sol. En mis manos yo las tomo, en el nombre del Señor, y entrégoles por esposos los infantes de Carrión. Espero que el casamiento bendecir querrá el Creador. En vuestras manos pongo, Mio Cid, los infantes de Carrión; yo me vuelvo desde aquí, con vos irán ellos dos. Trescientos marcos de plata en ayuda les doy yo, para gastar en sus bodas o en lo que quisiereis vos. Cuando estéis todos de vuelta en Valencia la mayor, puesto que ya los infantes como hijos vuestros son, haced de ellos lo que os plazca, Mio Cid el Campeador.

El Cid le besa una vez más las manos y se cuida de poner bien de manifiesto en las palabras que le contesta que las bodas aquellas son voluntad del soberano:

—Grandemente os lo agradezco, como a mi rey y señor. Vos sois quien da marido a mis hijas, que no yo.

Empeñada la palabra, las promesas cambiadas, el rey y Mio Cid convinieron en separarse al día siguiente. Pero, antes, Mio Cid agasaja con espléndidos presentes a los caballeros de don Alfonso: ricas vestiduras, mulas rollizas, palafrenes de piel lustrosa, cuanto le piden lo



De esta suerte rinde homenaje a su rey.

da; a nadie dice que no. De los caballos que trae, sesenta regaló de esta suerte.

Al ir a separarse, el rey tomó de las manos a los dos infantes y así los entregó a Mio Cid, diciendo:

—Aquí tenéis vuestros hijos, pues que yernos vuestros son: de hoy en adelante, a vuestra guisa disponed de ellos vos; que como padre os sirvan y os guarden como señor.

—Como hijos los recibo, y gracias de nuevo os doy —contesta el Cid—, y Dios, que en el cielo está, os dé muy buen galardón. Ahora una merced os pido a vos, mi rey natural: pues que casáis a mis hijas según vuestra voluntad, nombrad vos quien las entregue y las conduzca al altar. De este modo, los infantes de vos las recibirán.

El rey, entonces, designó a Álvar Fáñez para representarle en todos los actos del casamiento y entregar a los infantes las dos hijas de Mio Cid; tras lo cual, antes de separarse, y como un testimonio más de su amor y fidelidad, Mio Cid regaló al rey treinta palafrenes, soberbiamente enjaezados y treinta caballos corredores, con sus sillas de guerra. Luego, montado en Babieca, ofrece albergue y ricos presentes a los señores de la corte castellana que quieran seguirle a Valencia para asistir a las bodas y darles mayor esplendor con su presencia.

Atraídos por la promesa, y habiéndoles concedido graciosamente permiso el rey Alfonso, fueron muchos los caballeros de éste que siguieron a Mio Cid camino de Valencia.

Para hacer compañía y honor durante el viaje a los dos infantes, y en la esperanza también de que los fueran mejor conociendo en el trato y se enterasen de sus mañas, si por azar las tuvieren, Mio Cid ha designado a Pero Bermúdez y Muño Gustioz, que cumplen cabalmente su misión. Con los infantes viene también un deudo suyo, Asur González, bullanguero y largo de

lengua, más sobrado al parecer de ella que de valor.

Con gran algazara y regocijo los reciben en Valencia, adonde llegaron al caer la noche, y Mio Cid encarga a don Pero y a Muño Gustioz:

—Que tengan albergue cómodo los infantes de Carrión, que así lo querrán sin duda doña Elvira y doña Sol. Cuidad de que no les falte cuanto hubieren menester. Mañana, al rayar el día, en busca de ellos vendré.

CAPITULO IX

Esperándole en el alcázar encuentra Mio Cid a su esposa y sus hijas, que le reciben con gran alegría.

—¿Sois vos, Campeador, que en buen hora ceñisteis espada? ¡Por muchos años os vean los ojos de nuestras caras! —le dice doña Jimena.

—Gracias a Nuestro Señor, aquí estoy, esposa honrada; conmigo traigo dos yernos que gran honra nos darán; agradecédmelo, hijas, que bien casadas estáis.

Todas las damas presentes acuden a besarle las manos, y doña Jimena le dice:

—¡Gracias a Dios, y a vos gracias, Cid, de la barba bellida! Cosas que vos decidáis, cosas son bien decididas. Nada les ha de faltar, mientras viváis, a mis hijas.

—Eso será, doña Jimena, lo que quiera el Creador. Sabed vosotras, mis hijas, doña Elvira y doña Sol, que con este casamiento ganaremos en honor; pero sabed que estas bodas no las he dispuesto yo, que os ha pedido y os entrega don Alfonso, mi señor. Tanto interés puso en ello y tan firme lo pidió, que a aquello que me pedía no supe decir que no. Así en sus manos os puse, hijas mías, a las dos. Pero en verdad os lo digo: él os casa, que no yo.

Apenas amanece, empiezan a engalanar ya el alcázar. Los suelos cubren con mullidas alfombras y alcatifas moriscas; los muros revisten con suntuosas estofas de seda y ormesíes recamados, y tejidos de púrpura. En las grandes cocinas comienzan a preparar el festín y adoban las viandas y manjares más variados.

Los caballeros de Mio Cid se han ido en tanto reuniendo y, mientras unos quedan en el palacio, otros van en busca de los infantes de Carrión. Pronto cabalgan éstos, ataviados con las más ricas vestiduras, a través de las calles, llenas de ruido y de gentes. Al llegar al alcázar, echan pie a tierra y entran, mientras todos se hacen lenguas de su gallarda apostura.

Mio Cid los recibe, rodeado de sus vasallos. Don Diego y don Fernando le saludan, así como a doña Jimena, y van a sentarse en un escaño dorado. Todos esperan, ansiosos, que hable Mio Cid. Este, al fin, se pone de pie, y dice:

Pues que tenemos de hacerlo, no hay para qué retardarlo. Venid acá, Álvar Fáñez, a quien tanto quiero y amo: aquí tenéis mis dos hijas, póngolas en vuestras manos. Sabéis que con don Alfonso en hacerlo así quedamos; en nada quiero faltar a lo que está concertado. A los infantes de Carrión entréguenlas vuestras manos; reciban la bendición, y démoslo por terminado.

Pónense en pie doña Elvira y doña Sol, y Minaya, tomándolas de las manos, se dirige con ellas hacia los infantes y les habla así:

—Don Diego y don Fernando, infantes de Carrión hermanos: en nombre del rey Alfonso, que me lo tiene mandado, estas damas os entrego, entrambas hijas de hidalgo; tomadlas por esposas para honra y bien de los cuatro.

Recíbenlas los infantes con grandes muestras de amor,

y van los cuatro a besar la mano de Mio Cid y doña Jimena.

Hecho esto, todos salen del alcázar y se dirigen apresuradamente hacia la iglesia de Santa María. El obispo don Jerónimo, que les aguarda a la puerta, revestido con su casulla dorada, los recibe bajo palio y, acompañándolos adentro, los bendice y casa.

Luego, montando a caballo, se encaminan todos a las afueras de la ciudad, donde Mio Cid y los suyos juegan las armas y justan. Pero ninguno puede competir en fuerza y destreza con Mio Cid. Tres veces tuvo que mudar de caballo, y al finalizar parecía tan fresco y descansado como al principio.

Los infantes, por su parte, prueban ser buenos jinetes, y Mio Cid se huelga de ello, esperando que en las veras serán tan buenos como en las fingidas.

Más tarde, todos vuelven al alcázar y dan comienzo los festejos. Quince días duran éstos. ¡Nunca se vieron unas bodas semejantes! A su término, comienzan a marchar los hidalgos de la corte castellana. Mio Cid los ha colmado de ricos regalos. Más de un centenar, entre mulas, hacaneas, palafrenes y caballos de guerra, ha repartido entre ellos, aparte de un sinfín de pieles y mantos bordados y vestiduras ricas, y tanto oro y plata amonedados, que mal podrían contarse. Los vasallos de Mio Cid, aguijados por su ejemplo, también han hecho ricos presentes a los invitados. A todo el que quiso, le han llenado las manos; a tal punto, que vuelven ricos a Castilla cuantos vinieron a las bodas.

Todos se van muy alegres, y también quedan contentos los infantes de Carrión, hijos del conde don Gonzalo.

Dos años permanecieron en Valencia, agasajados de todos, en paz y sin daño para nadie. Pero, no por tardar dejó de llegar la desgracia.

Cantar Tercero

LA AFRENTA DE CORPES

CAPITULO I

UN día, después del yantar, dormía el Campeador en un escaño, cuando corre la noticia de que se ha escapado de su jaula un león cautivo y ronda suelto por el alcázar. Al saberlo, cundió el miedo por la corte. Las gentes de Mio Cid, no atreviéndose a turbar el sueño de su señor, embrazaron los mantos y rodearon el escaño, tratando de protegerlo si, por si acaso, venía el león a atacarlo. Fernán González, uno de los infantes de Carrión, tuvo tal pavor que, no hallando abierta cámara ni torre, fué a esconderse debajo del escaño. El otro infante, Diego González, logró escapar por la puerta, todavía si cabe con más temor, diciendo a grandes voces: "¡No volveré a ver Carrión!". Por último, logró agazaparse tras una viga del lagar, y allí se estuvo oculto hasta que hubo pasado el peligro; pero del escondite, sacó todo sucio el manto y el brial.

En esto, y cuando mayor era el desconcierto, despertó Mio Cid, viendo con gran sorpresa rodeado su escaño de tantos hombres apercibidos para la defensa. Le explicaron lo ocurrido y el peligro en que se hallaban, y acto seguido Mio Cid, levantándose y sin quitarse siquiera el manto, se dirige en busca del león, al que encuentra en otro aposento. La fiera, cuando le vió, pa-

reció atemorizarse y bajó la cabeza, sin atreverse a mirar al Cid. Este entonces lo agarró del cuello y, llevándolo consigo, como quien lleva un caballo de la cabezada, lo obligó a entrar en la jaula.

Todos se maravillaron de lo sucedido, y el pasmo y el comentario no tuvieron fin.

De pronto, Mio Cid, viendo que en torno suyo no estaban sus yernos, preguntó por ellos. Cuando al fin los encontraron, mudado traían el color y la faz desencajada, como quien acaba de pasar un gran susto. Nunca se vió en la corte tanta risa, ni chanzas tan acerbas. Mio Cid, por último, tuvo que imponer silencio, y allí la cosa quedó. Pero los infantes, de suyo engreídos y altaneros, cuando no se corría riesgo alguno, tuvieron en su interior gran pesar de ello y, desde aquella sazón, odiaron la corte y guardaron un secreto rencor a todos aquellos que fueron testigos de su escarnio.

CAPITULO II

A poco tiempo del anterior sucedido comenzaron a llegar grandes huestes de Marruecos con el propósito de asediar Valencia. Al mando de ellas viene el rey Búcar, y tan numerosas son que ha levantado cincuenta mil tiendas en el campo de Cuarte.

Mio Cid y los suyos se alegran en extremo al ver que habrán de pelear, pero no les pasó lo mismo a los infantes de Carrión, que se acongojaron al ver tanta tienda mora. Apartándose a un rincón se decían: "Calculamos la ganancia, pero la pérdida no. En esta batalla ahora tendremos que entrar los dos; de temer es ya que nunca volveremos a Carrión, y que viudas quedarán las hijas del Campeador".

Pero sus palabras llegaron a los oídos de Muño Gustioz, que fué a contarlo en seguida al Cid:

—Ahí tenéis a vuestros yernos. De tan valientes que son, al ir a entrar en batalla echan de menos Carrión. Irlos vos a consolar, por amor del Creador; que no entren en la batalla y se estén en paz los dos.

Mio Cid, entonces, fué a ver a los infantes y les dijo, sonriendo:

—Dios os guarde, yernos míos, los infantes de Carrión. En vuestros brazos mis hijas están, más blancas que el sol. Yo suspiro por batallas, y vosotros por Carrión. Quedad, pues, aquí en Valencia, holgad a vuestro sabor, que de lidiar contra moros ya entiendo bastante yo, y a derrotarlos me basto con la ayuda del Señor.

Hablando estaban cuando llegó un mensajero del rey Búcar para Mio Cid, por cuya boca aquél le ordenaba que abandonase Valencia, si es que no quería perecer con todos los suyos.

Mio Cid lo despidió con respuesta digna, y al día siguiente mandó armar a todos los suyos y se dispuso a acometer a los moros. Los infantes de Carrión, entonces, dolidos de lo que Mio Cid les dijera el día anterior, le pidieron su venia para ser los primeros que atacasen. Dióselas Mio Cid, muy complacido, y el infante don Fernando se adelantó para atacar a un moro, de nombre Aladraf. Pero el moro, al verle acercarse, arrancó contra él, y el infante, asustado, volvió riendas, sin atreverse a esperarlo. Pero Bermúdez, entonces, que venía detrás de don Fernando, atajó al moro, luchó con él y le dió muerte. Luego, tomando el caballo de Aladraf se fué detrás del infante, y pensando más en Mio Cid que en aquél, le dijo que tomara el caballo y dijera a todos que él lo había tomado a su dueño, después de matarle, y que le pusiera a él, Pero Bermúdez, por testigo.

El infante le agradeció mucho la propuesta, jurando pagársela algún día y, volviendo juntos hacia las huestes del Cid, hizo como Pero Bermúdez le había aconsejado, corroborando aquél su decir, de lo que hubo gran contento Mio Cid y no poca sorpresa sus demás vasallos.

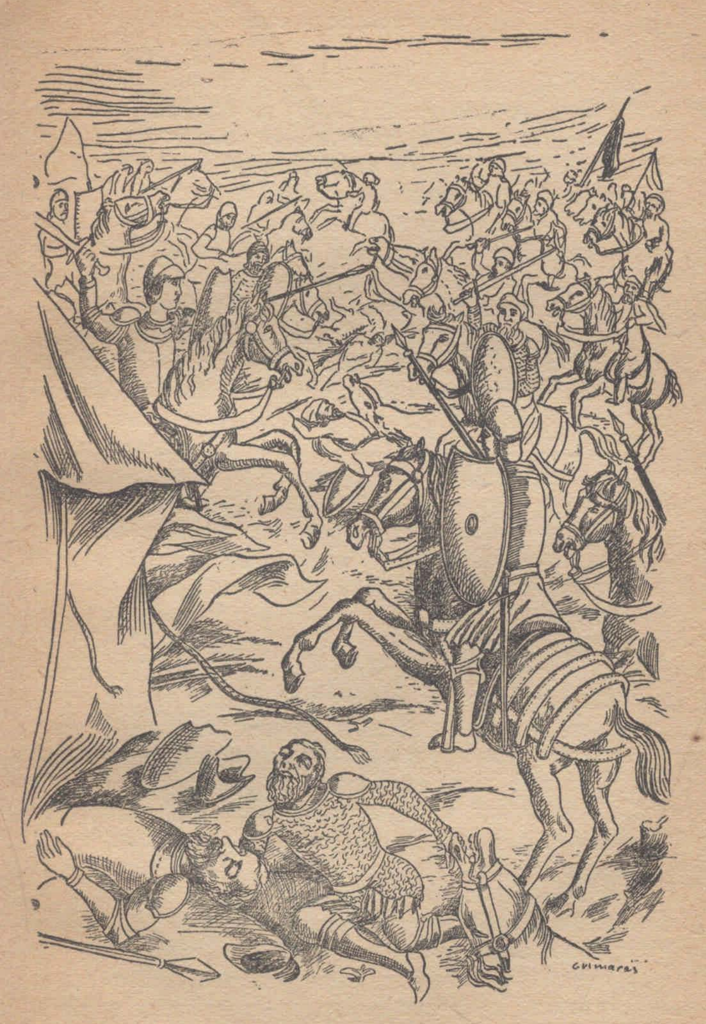
Ya los moros comenzaban a tocar sus atambores, con gran maravilla de muchos de aquellos cristianos, que, llegados recientemente a las mesnadas del Cid, aún no habían luchado con huestes moriscas, cuando llegó el obispo don Jerónimo que, deteniéndose delante del Campeador, le habló así:

—Hoy os he dicho la misa de la Santa Trinidad. Si he salido de mi tierra y aquí os vine a buscar, fué por afán que tenía de algunos moros matar; honrar quiero yo mis armas y mi orden sacerdotal, y ser en esta batalla quien primero atacará. Pendón traigo y armadura que de lejos se verán; si a Dios place, hoy aquí querríalos ensayar, porque así mi corazón tranquilo se quedará, y vos, Mio Cid, todavía me habríais de querer más. Si esta merced no me hacéis, de aquí tendré que marchar.

Pero Mio Cid accede de buen grado, y le dice:

—Se hará como vos queráis. Allí tenéis a los moros; vuestras armas contra ellos probad, desde aquí veremos nosotros si el abad sabe pelear.

Don Jerónimo, picando espuelas, arranca contra los moros, invocando el nombre de Dios. De los dos botes primeros han caído dos moros. Como se le quebrare la lanza, ha echado mano a la espada. ¡Por Dios que guerrea bien el obispo! Dos moros mató con la lanza, y ahora con la espada cinco. Pero los enemigos son muchos, y le rodean por todas partes y descargan sobre él grandes golpes, aunque sin conseguir falsear su armadura.



¡Allí habríais tenido que ver la confusión que se armó!

Mio Cid, sin embargo, viéndole en peligro, embraza su escudo, enristra la lanza y, espoleando a Babieca, arremete a los moros. Del primer impulso, a siete derriba por tierra y deja sin vida a cuatro.

Detrás de él acometen sus huestes y no tardan en desalojar de sus tiendas a los de Búcar. ¡Allí habríais tenido que ver la confusión que se armó! Las tiendas son pisoteadas, rotos sus tendales, al aire sus cuerdas, que se enredan en los pies de los guerreros; tajados por las espadas caen los brazos, envueltos en sus cotas de malla; cercenadas, ruedan por tierra las cabezas con sus yelmos; corren de uno a otro lado los caballos sin jinetes. Siete millas duró la persecución.

Mio Cid ha divisado al propio rey Búcar y galopa tras él, intentando darle alcance. Y le grita en son de mofa:

—¡Vuélvete, Búcar, acá, pues que viniste del otro lado del mar! Al Cid de la barba luenga cara a cara has de mirar, los dos hemos de abrazarnos y de pactar amistad.

Pero Búcar le replica:

—¡No seré yo quien fíe de ti ni de tu falsa amistad! Espada llevas en mano y el caballo te veo aguijar, como si tuvieras gana de en mí tu espada probar. Mas, si no cae mi caballo y ningún tropiezo da, no me habrás de dar alcance, como no sea en el mar.

Pero si el rey moro tiene buen caballo, aún mejor es Babieca, y Mio Cid alcanza a Búcar a tres brazas del mar.

Alzando su espada Colada, la que ganara al conde de Barcelona, tal golpe descarga sobre el yelmo del moro, que, arrancándole de cuajo los carbunclos que lo adornan, la cabeza le parte por la mitad, y tal es la fuerza del brazo que la espada llega hasta la misma cintura.

Con esta victoria, la más grande que hasta ahora lograra, Mio Cid ha ganado la espada del rey Búcar, la famosa espada Tizona, que de oro fino tiene los cabos y vale, ella sola, más de mil marcos.

CAPITULO III

Rodeado de los suyos, al paso de su caballo, las dos espadas al cinto, la capucha y el yelmo quitados, volvía Mio Cid a Valencia, cuando acierta a ver a los dos infantes. Afablemente, les sonríe Mio Cid y les dice:

—¡Venid acá, yernos míos! Por hijos os tengo a ambos. Ya sé lo valientemente que en el campo habéis luchado. A Carrión mandaré luego mensajeros a contarlo, y ellos dirán cómo a Búcar la batalla le ganamos. Fío en Dios, nuestro Señor, y fío en todos sus santos, que de esta victoria todos quedaremos bien pagados.

En este momento llega Álvar Fáñez, el escudo colgado al cuello, con muchas mellas de los golpes recibidos, y el brazo empapado en sangre hasta el codo. Más de veinte moros ha matado con su mano en la batalla. Encarándose con el Campeador, así le saluda:

—¡Gracias sean dadas a Dios, nuestro Padre que está en lo alto, y gracias a vos, Mio Cid Ruy Díaz el bienhadado! A su rey Búcar matasteis, dueños del campo quedamos; para vos son estos bienes, y para vuestros vasallos. Y vuestros yernos, Mio Cid, hoy también se han señalado, que de lidiar contra moros allá en el campo se hartaron.

—Contento estoy —dice el Cid— de que así se hayan portado; que si hoy fueron buenos, mejores todavía serán mañana.

Los infantes quedaron un poco amohinados de estas palabras, pues, aunque Mio Cid las dijo de veras, ellos las tomaron a escarnio. La parte que les tocó del botín hízoles, sin embargo, olvidar pronto este enojo. Cinco mil marcos, aparte de otras ricas ganancias, tocáronle entre los dos; y, como jamás habían visto junto tanto dinero, ya se tuvieron por ricos hasta el final de sus días.

Tan grande es, realmente, el botín, que al que menos le tocan seiscientos marcos, y a Mio Cid por su quinto le corresponden, además del oro y la plata acuñados y de otras ricas preseas, seiscientos caballos y una reata interminable de camellos y acémilas de carga.

Satisfecho de su suerte, así piensa en sus adentros Ruy Díaz:

—¡Gracias a Dios le sean dadas, que es del mundo Creador! Antes, nada tenía; ahora, rico ya soy; tengo riquezas sin cuento, heredades de valor, y mis dos hijas casaron con infantes de Carrión. Todas las batallas gano, por merced del Salvador, y moros como cristianos de mí tienen gran pavor. Allá lejos, en Marruecos, va corriendo ya la voz de que llegará a asaltarlos algún día el Campeador; pero, si ellos lo temen, no pienso tal cosa yo. ¿Para qué ir a buscarlos? En Valencia estoy mejor, que ellos me darán tributo, si place a Nuestro Señor, y a mí me lo pagarán o a quien designare yo.

De esta guisa, contento de la jornada, vuelven todos hacia el alcázar, donde están aguardándoles las damas.

Al ir a entrar en la sala los infantes de Carrión, se adelanta a recibirlos Minaya y les dice en nombre del Campeador:

—Venid acá, mis parientes, que honra ganado habéis hoy.

Y Mio Cid les dice a su vez:

—Aquí tenéis a mi esposa doña Jimena, mujer de pro, y a mis dos hijas, que con vosotros casaron, doña Elvira y doña Sol; ellas os abracen, infantes, y os sirvan de corazón, que bien lo habéis merecido batallando con valor. ¡Quiera Santa María, y quiera Nuestro Señor, que de estos casamientos sin cesar vayáis creciendo en honor! Nuevas de vuestras hazañas irán mañana a Carrión.

Pero los vasallos del Mío Cid sonríen al escucharlo, y más todavía cuando los infantes contestan engriéndose imprudentemente de las imaginarias proezas, que todos ellos lucharon como buenos y estuvieron en lo más duro de la batalla, y ninguno vió asomar por allí a don Fernando ni a don Diego.

CAPITULO IV

Todas estas burlas, y las sonrisas y befas con que de continuo los escarnecían, acabaron de emponzoñar el ánima de los dos infantes, ya de suyo tenebrosa. Hablando entre sí los dos, traman lo que más tarde habrán de hacer, y se dicen:

—Vámonos para Carrión, que hace mucho que aquí estamos; son tan crecidos los bienes que ya aquí hemos juntado, que gastarlos no podremos aunque vivamos cien años. Pidamos nuestras mujeres a este Cid Campeador; diremos que las llevamos a tierras de Carrión por que vean las heredades que también de ellas son. Saquémoslas de Valencia, de manos del Campeador, y después en el camino haremos a nuestro sabor y vengaremos las burlas por aquello del león. De gran linaje venimos, somos condes de Carrión; con los bienes que llevamos seremos ricos los dos, y podremos casar con hijas de rey o de emperador.

Puestos de acuerdo, se dirigieron a la corte de Mio Cid, y así habló el infante don Fernando:

—¡Dios os tenga en su guarda Mio Cid Campeador! Si place a doña Jimena, y os place primero a vos, y a Minaya, y a todos aquellos que aquí están en derredor, dadnos a nuestras mujeres, doña Elvira y doña Sol, para poder enseñarles nuestras tierras de Carrión; así, de lo que les dimos, podrán tomar posesión, y así verán vuestras hijas las tierras que nuestras son, y que han de ser de los hijos que nos nazcan a los dos.

Sin recelar mal alguno, Mio Cid accedió de buen grado a lo pedido, y les contestó de este modo:

Llevadlas, como queréis, a las tierras de Carrión. Pues que, al casar, esas tierras, en arras les disteis vos, yo ahora quiero donarles tres mil marcos de valor, y mulas y palafrenes, y cuanto fuere en sazón, con trajes y vestiduras de oro y seda en profusión. Vosotros, tomad mis espadas, ya que de ellas dignos sois, ganadas en campo abierto, luchando como varón. A vos, don Fernando, Colada; Tizona, don Diego, a vos. Hijos míos sois ambos, pues que mis hijas os doy, y con ellas me lleváis el alma y el corazón. Servid bien a mis dos hijas, que vuestras esposas son, que, si las sirviereis bien, yo os daré buen galardón.

Los infantes dijeron a todo que sí, haciendo grandes protestas de amor a Mio Cid, y éste les colmó a tal punto de regalos que hizo falta una larga recua para conducirlos.

Al llegar el momento de la despedida, en medio de la corte, y ya a caballo los señores que se disponían a acompañarlos un trecho del camino, doña Elvira y doña Sol se hincaron de rodillas ante el Cid y así le dijeron:

—¡Santa María os guarde, padre, y válgaos el Creador! Vos nos habéis engendrado, nuestra madre a luz

nos dió; nuestro señor natural antes que nadie sois vos. Ahora os place mandarnos a las tierras de Carrión, y fuerza nos es cumplir aquello que mandáis vos. Pero ambas os rogamos, nuestro buen padre y señor, que mandéis noticias vuestras a las tierras de Carrión.

Luego se despidieron muy amorosamente de doña Jimena, y el séquito se puso en marcha, abandonando Valencia la clara, en medio de gran alborozo. Mio Cid, sin embargo, que había decidido acompañarlas un rato, marcha cabizbajo y preocupado, pues diversos agüeros le dicen que aquellos casamientos tendrán alguna tacha.

Para prevenirlas en lo posible, encarga a su sobrino Félez Muñoz que acompañe a sus hijas hasta el mismo Carrión, que vea las heredades de los infantes y luego vuelva a darle razón de lo ocurrido. Félez Muñoz así se lo promete.

Como ya se hubiesen alejado un largo trecho de Valencia, Álvar Fáñez aconsejó a Mio Cid que se volviesen. Asintió Mio Cid, pero costábale gran trabajo separarse de sus hijas, sobre todo a causa de los malos presagios. Hízolo, sin embargo, con profundo dolor, pero aún hubo de encargarle a Félez Muñoz que se detuviesen a descansar en Molina, para saludar en su nombre al moro Abengalbón, que la gobernaba, y pedirle que acompañara a sus hijas hasta los términos de Medina.

Mientras Mio Cid, con los suyos, se volvía a Valencia, el séquito de los infantes prosiguió su camino, haciendo alto aquella noche en Albarracín. A la tarde siguiente llegaron a Molina, donde Abengalbón los recibió con gran alegría y toda clase de honores y halagos. A doña Elvira y a doña Sol hizo tan ricos como variados presentes, y regaló a los infantes dos caballos, excelentes corredores.

Al día siguiente vuelven a ponerse en marcha, acom-

pañados esta vez por Abengalbón con doscientos de sus caballeros. Atravesaron la sierra de Luzón, pasaron el valle de Arbujuelo y, bordeando el Jalón, se detuvieron a descansar en Ansarera.

Los dos infantes, aguzada su codicia por la vista de las riquezas de Abengalbón, y pensado que podrían apropiárselas, urdieron una traición, decidiendo matarle y despojarle una vez que hubieren abandonado a las infantas, como proyectaban hacer en breve.

Pero he aquí que un moro que entendía el castellano oyó algo de lo que decían y corrió a informar de ello a Abengalbón. Este, en seguida, reunió a sus doscientos caballeros y deteniéndose ante los infantes les habló así:

—Si no fuera por respeto a Mio Cid el de Vivar, con vosotros haría algo que daría al mundo que hablar; devolvería sus hijas al Campeador leal, y vosotros a Carrión no tornaríais jamás. ¿Qué os hice yo, decidme, infantes de Carrión? Yo os sirvo sin malicia, y vosotros urdís mi perdición. Separémonos aquí, gente mala y de traición. Vuestra venia dadme, doña Elvira y doña Sol, y que Dios os acompañe hasta tierras de Carrión. Quiera Dios, y así lo mande, El que de todo es Señor, que no hayan estas bodas de pesarle al Campeador.

Esto dicho, Abengalbón, que es varón prudente, se volvió a Molina con los suyos, mientras los infantes quedaron con grande enojo, tanto por verse descubiertos como por el fracaso de sus planes.

CAPITULO V

Abandonando Ansarera al apuntar la mañana, anduvieron los infantes de día y de noche, dejando atrás

el peñón de Atienza, la sierra de Miedes, los montes Claros, Griza, San Esteban de Gormaz, hasta que, por fin, llegaron al gran robledal de Corpes.

Muy alto es el monte, muy altos los árboles, cuyas ramas tocan en las nubes, y muchas bestias feroces vagan a través de él. Adentrándose en la espesura, llegaron a un prado verde, junto a un manantial fresco. Allí mandaron hacer alto y plantar las tiendas para pasar la noche.

Grandes muestras de amor daban entonces los infantes a sus mujeres. ¡Pero, ay, qué poco habían de dárselas a la mañana siguiente!

Apenas salió el sol, mandaron cargar las caballerías y ordenaron a todos que siguiesen adelante, sin cuidarse de ellos, que quedarían atrás, con doña Elvira y doña Sol, para mejor gozar a solas de la soledad y el frescor que les brindaba el bosque.

Cuando todos se hubieron alejado un gran trecho, ya bien a solas con ellas, uno de los infantes les dice:

—Oídnos bien lo que os decimos, doña Elvira y doña Sol: vais a ser escarnecidas en estos montes las dos, y abandonadas quedaréis, sumidas en vuestra aflicción, mientras nosotros seguimos, sin carga ya, hacia Carrión. Todo ello llegará a oídos del Campeador, y quedaremos vengados por aquello del león.

Inmediatamente, arrancaron a las infantas todas sus ropas hasta dejarlas con las camisas de hilo, tan sólo sobre ls carnes, y tomaron en sus manos las cinchas de los caballos, de cuero bien recio. Al ver esto, pasmadas casi del estupor y la pena, suplícales doña Sol:

—¡Don Diego, don Fernando, en el nombre del Señor! ¡No seáis bestias feroces, y tened compasión! Espadas lleváis al cinto, y bien famosas las dos: Colada y Tizona; ambas nuestro padre os la confió, esperando que a una y otra habríais de hacer honor. Tirad de

ellas y con su filo degolladnos a las dos; así moros y cristianos perpetuarán vuestra acción, y más allá de la muerte os seguirá este baldón. ¡No cometáis tal infamia, por Cristo Nuestro Señor! Que, si lo hacéis, jamás podréis lavar vuestro honor, y a solas o en cortes alguien os demandará razón.

Pero todos los ruegos de doña Elvira y doña Sol fueron inútiles. Con gran furia los infantes las azotan con las cinchas de los caballos hasta rendirse los brazos, y no contentos con ello les rasgan las camisas, las pisotean y las hieren con las espuelas.

¡Ah, Dios, qué tristeza que no hubiese aparecido en aquel momento el Campeador! ¡Allí habría sido el correr y el espanto de los infantes felones!

Mas en vano claman por él sus hijas. Los dos infantes las golpean a porfía, hasta que ya no pueden más de cansancio. Tan fuertes los golpes han sido, que doña Elvira y doña Sol quedan tendidas en tierra, desmayadas, cubiertas de heridas, las camisas hechas jirones, empapadas en sangre.

Llevándose los mantos y pieles de armiño, dejándolas por muertas, abandonadas a las aves de rapiña y las fieras del monte, los infantes montan a caballo y se alejan, alabándose de lo hecho:

—Ya de nuestros casamientos estamos bien vengados; ni aun para barraganas cumplía que las tomáramos, que, para nuestro linaje, el suyo era muy bajo. En todo caso, el escarnio del león ya vamos cobrando.

Entretanto, Félez Muñoz, el sobrino de Mio Cid, que, obedeciendo las órdenes de los infantes, continuara camino con el resto de la escolta, sintió de pronto como una corazonada y, presintiendo algo malo, se apartó disimuladamente a un lado del camino, sin que le vieran los demás, y allí decidió esperar a sus primas.

¡Júzguese su sorpresa y su alarma cuando vió venir

solos a los infantes y hubo de oírles las torpes loas que iban haciendo de su felonía! Tan absortos iban en su infame regocijo que no echaron de ver a Félez Muñoz, que, al verlos de lejos llegar solos, había tenido la precaución de ocultarse a un lado del camino. Y bien le estuvo en verdad el hacerlo así, que, si lo echan de ver, no escapara con vida de manos de los infantes.

Apenas hubieron éstos pasado, corrió Félez Muñoz, siguiendo el rastro que dejaron, en busca de doña Elvira y doña Sol, llamándolas a gritos por sus nombres.

Cuando, al fin, encontró sus cuerpos, tendidos sobre la hierba, se precipitó del caballo y acudió a ellas, clamando:

—¡Primas, primas mías, doña Elvira y doña Sol! ¡Gran indignidad hicieron los infantes de Carrión! ¡No han de quedar sin venganza las hijas del Campeador!

Ya las infantas empezaban a volver en sí, pero se hallaban tan desfallecidas que aún no habían recobrado la voz. El corazón se le partía a Félez Muñoz, que, esforzándose por reanimarlas, repetía:

—¡Primas, primas mías, doña Elvira y doña Sol, volved en vosotras, primas, por amor de Dios! ¡Que pronto va a anochecer y me asalta gran temor de que puedan devorarnos las fieras que andan en derredor!

Abriendo al fin los ojos, las infantas ven a Félez Muñoz, que trata de darles fuerzas, explicándoles que no hay momento que perder:

—¡Primas, primas mías, tened ánimos, por amor del Creador! Que, en cuanto me echen de menos los infantes de Carrión, a toda prisa saldrán en nuestra persecución, y aquí moriremos todos, si no nos socorre Dios.

Las infantas piden ante todo agua, y Félez Muñoz la trae de la fuerte, sirviéndose para ello de su som-

brero, recién mercado en Valencia. Luego, las incorpora, las conforta, las consuela, duélese con ellas y, por último, subiéndolas en su caballo, las cubre con su capa, toma de las riendas a la cabalgadura y se adentran los tres por aquel robledal de Corpes, solitario y ya en sombras, desandando lo andado, de vuelta hacia Valencia.

CAPITULO VI

Andando noche y día, los fugitivos llegaron a aguas del Duero y, dejando a las infantas en Torres de doña Urraca, Félez Muñoz marchó solo a San Esteban de Gormaz, en busca de ropas y cabalgaduras para aquéllas. Volviendo en seguida con ellas, y ya un poco repuestas las infantas, los tres juntos se encaminaron a San Esteban, donde fueron a presentarse en casa de Diego Téllez, vasallo de Álvar Fáñez, que hubo de honrarlas lo mejor que supo, ayudado de todos sus convecinos, que acuden a cual mejor a rendir homenaje y tributo a las hijas de Mio Cid, doliéndose de su desventura.

Entretanto, y como los infantes de Carrión continuaran vanagloriándose de su acción, por todos aquellos reinos ha corrido la voz de lo sucedido, llegando hasta oídos del rey don Alfonso, al que le pesa de corazón.

Cuando Mio Cid recibió en Valencia las nuevas, por boca del mensajero que le enviara Félez Muñoz, un largo rato quedó en silencio. Luego, levantando su mano y acariciándose la luenga barba, dijo:

—¡Alabado sea Cristo, que de este mundo es Señor! ¡Buena honra que me han dado los infantes de Carrión! Por estas barbas lo juro, que nadie jamás mesó: no se saldrán con la suya los infantes de Carrión; que a mis dos hijas muy bien tengo de casarlas yo.

Luego, llamando a Álvar Fáñez, a Pero Bermúdez y a Martín Antolínez, el burgalés de pro, les ordenó que, con doscientos caballeros de escolta, cabalgando noche y día, se dirigiesen a San Esteban de Gormaz y trajeran a Valencia a doña Elvira y a doña Sol.

Cuando éstas vieron a Álvar Fáñez, traspasadas al mismo tiempo de alegría y de dolor, le dijeron:

—Con tanto gozo os miramos como al mismo Creador. A él demos gracias si estamos todavía vivas las dos. Cuando tiempo tengamos de ello, en Valencia la mayor, ya os iremos contando la pena que nos pasó.

Lloran las infantas, y con ellas los caballeros de Mio Cid, hasta que Pero Bermúdez dice:

—Doña Elvira y doña Sol, no tengáis cuidado ya; sanas y vivas estáis, y libres de todo mal. Si buenas bodas perdisteis, mejores podréis lograr. Y días vendrán sin duda en que os podamos vengar.

Descansaron todos aquella noche, y a la mañana siguiente se pusieron en camino acompañadas por los hombres de San Esteban, que les dan escolta hasta río Amor.

Cuando Mio Cid tuvo noticia de que se acercaban ya a Valencia, sin poder reprimir su impaciencia montó a caballo y, seguido de sus hombres de armas, salió a su encuentro.

Estrechamente las toma en sus brazos, cuando a él llegan, y no se cansa de mirarlas, y mientras lloran los ojos la boca les sonríe. Al fin, cuando la emoción le deja, dice:

—¿Sois vosotras, hijas mías? ¡Que Dios os guarde de mal! Asentí yo al casamiento, por no poderme negar. Pero quiera el Creador, que allá en los cielos está, que otra vez casadas vuestros padres os verán. ¡Y que Dios me dé vida y fuerzas para la afrenta vengar!

Con grandes señales de alegría, los caballeros de la

escolta, jugando las armas, tornan todos a Valencia, donde doña Jimena aguarda a sus hijas.

Allí fueron a renovarse las manifestaciones de duelo y de gozo; pero Mio Cid, que no quiere perder un momento en hacer lo que cumple, reune a sus caballeros más allegados y, luego de aconsejarse de ellos, dice:

—Ven acá, Muño Gustioz, tú, mi vasallo de pro, el caballero sin tacha que en mi casa se crió. A Alfonso, rey de Castilla, irás con esta misión: besa en mi nombre su mano, con alma y con corazón, y dile que como siempre su vasallo humilde soy. La afrenta que me infirieron los infantes de Carrión, siéntala él como suya, puesto que es mi señor. El fué quien casó a mis hijas, y no yo quien se las dió. Ahora, que las abandonan, así faltando al honor, la deshonra que nos tocare por tan villana acción, mucha o poca, toda ella recae sobre mi señor. Llevaron también los infantes riquezas que mías son, y esa afrenta se me añade a aquel otro deshonor. Que los cite el rey a juntas o a cortes deseo yo, y páguenme lo que me hicieron los infantes de Carrión, que un rencor muy grande llevo dentro de mi corazón.

Apenas había concluído Mio Cid, cuando ya Muño Gustioz, acompañado por otros caballeros de la corte y por varios escuderos que en casa de Ruy Díaz se criaran, partía y se encaminaba a marchas forzadas hacia la corte del rey de Castilla, portador del mensaje que el de Vivar le confiara.

CAPITULO VII

Habiendo sabido, al entrar en Castilla, que el rey estaba en Sahagún, hacia allí se dirigió Muño Gustioz. Al llegar, lo primero que hizo fué ir a la iglesia, a humillarse ante los santos y rezar al Creador. De allí mar-

chó al palacio donde estaba don Alfonso, que le hubo de dispensar muy cariñosa acogida, y doblando ante él las rodillas y besándole los pies, así le habló el mensajero de Ruy Díaz:

—¡Merced, rey, que de tantos reinos os confiesan por señor! Los pies y manos os besa Mio Cid el Campeador; él vuestro vasallo es y os acata por señor. Vos casasteis a sus hijas con infantes de Carrión; alto fué el casamiento, porque así quisisteis vos. De estas bodas sabéis ya la honra que nos tocó, y cómo nos afrentaron los infantes de Carrión. Maltrataron a las hijas de Mio Cid el Campeador, y azotadas y desnudas y en la más cruel aflicción, en el robledal de Corpes las dejaron a las dos, entregadas a las fieras y a las aves del Creador. Ahora ya están a salvo, en Valencia la mayor; pero Mio Cid os suplica, como vasallo a señor, que a vistas, cortes o juntas llaméis a los de Carrión, que, si afrentado fué él, vuestra afrenta es aún mayor. Que remediéis su deshonra os demanda el Campeador, y que le den los infantes debida reparación.

El rey quedó largo rato pensativo y en silencio. Luego, habló como sigue:

—En verdad te digo, Muño, que me duele el corazón. Yo fuí quien casó a sus hijas con infantes de Carrión. Por bien de Mio Cid lo hice, pensando sólo en su pro. ¡Ojalá que tales bodas no permitiera el Creador! Tanto como a él le pesa, pésame a mí la traición; mas por Dios que de lo hecho yo he de darle razón. Llámense a cortes a todos, al conde y al infanzón, y a ellas mandaré que acudan los infantes de Carrión, y que justicia se haga a Mio Cid el Campeador. Pudiéndolo yo evitar, no ha de quedar con rencor.

En seguida, Muño Gustioz tornó a Valencia con el mensaje del rey, y don Alfonso envió pregones por todos sus reinos convocando a cortes en Toledo den-

tro de siete semanas y previniendo a todos sus caballeros que no tendrá por vasallo al que no acudiere a ellas.

Los infantes de Carrión, temiendo que acudiera el Cid a las cortes y les viniera gran daño de ello, rogaron al rey que les dispensara de concurrir a dichas cortes, pero don Alfonso les ordenó que acudieran, advirtiéndoles que, si así no lo hacían, perderían su favor y tendrían que abandonar sus reinos.

Cumplidas las siete semanas, comenzaron a reunirse en Toledo los nobles castellanos, leoneses y gallegos, vasallos del rey don Alfonso. Este fué uno de los primeros en llegar, así como el conde don Enrique y el conde don Ramón, el conde don Froila y el conde don Birbón. Los más nobles señores de Castilla, los varones más doctos, vinieron allí a reunirse. Entre ellos, estaban igualmente aquel conde don García, enemigo declarado de Mio Cid, y Álvar Díaz, que fué señor de Oca, y Asur González, y Gonzalo y Pero Ansúrez, deudos todos de los infantes de Carrión, también allí presentes, con muchos de los suyos, todos ellos animados de las peores intenciones con respecto a Mio Cid, cuya reclamación temían.

Toledo entero bullía de todas aquellas gentes, venidas de todas partes, y Mio Cid era el único que faltaba, con harta impaciencia del rey, al que comenzaba a pesar la demora. Por fin, al quinto día llegó a la corte Álvar Fáñez, anunciando que aquella noche llegaría el Campeador. Al recibir el mensaje, don Alfonso se alegró de corazón y, montando a caballo, con buen golpe de su gente salió al encuentro de Ruy Díaz.

Mio Cid y los suyos habían vestido para la ocasión sus más ricas galas, y el séquito que traían era digno de tal señor. Apenas hubo divisado a don Alfonso, cuando Mio Cid, echando pie a tierra, hizo ademán de

postrarse ante el rey; pero éste, previniendo el movimiento, le dice:

—¡Por San Isidoro, Cid, no me hagáis humillación! Hoy tenemos que abrazarnos con alma y con corazón, que de eso que a vos os duele yo también tengo dolor. ¡Plegue a Dios que cual merecéis las cortes os honren hoy!

—¡Amén! —contestó Mio Cid y, besándole primero la mano y después en la boca, le dice así:

—¡Alabado sea el cielo que torno a veros, señor! Ante vos me humillo, rey, ante el conde don Ramón, el conde don Enrique y todos estos hidalgos caballeros de pro. Dios guarde a vuestros amigos y os tenga en su guarda a vos. Mi esposa doña Jimena, que es dama de condición, la mano os besa, al igual que mis hijas doña Elvira y doña Sol, y os piden que de su afrenta os doláis también, señor.

—¡Bien sabe Dios lo que ello me pesa en el corazón! —contesta el rey, e invita a Mio Cid a entrar con él en Toledo.

Pero Mio Cid prefiere no pasar el Tajo aquella noche, y le pide su venia al rey para pasarla velando en el castillo de San Servando, que es paraje santo, al otro lado del río, prometiéndole que, al rayar el alba, entrará en la ciudad y, antes del yantar del mediodía, comparecerá ante las cortes.

Luego, mientras don Alfonso se vuelve a Toledo, Mio Cid, llegando al castillo, manda iluminar bien el altar y pasa al pie de él la noche en vela, rogando a Dios y pidiéndole consejo.

Luego, al romper el día, y oída la misa, Mio Cid reune a sus caballeros y les dice:

—Vos, Minaya Álvar Fáñez, que sois mi brazo mejor, y el obispo don Jerónimo, conmigo vendréis los dos, y vengan también con ambos Pero Bermúdez y Muño

Gustioz, y Martín Antolínez, burgalés bravo y de pro, y Álvar Salvadórez y el buen Álvar Álvarez, y Martín Muñoz, vasallo tan bueno como el mejor, y mi sobrino Félez Muñoz, que en mis solares nació. Conmigo vendrán también Mal Anda, que es hombre muy sabidor, y Galindo García, honra y prez de Aragón; y complétese hasta ciento con los mejores que son. Revestid vuestras lorigas, relucientes como el sol, y sobre ellas pellizas y armiños, todo blancor; que no se vean las armas, apretad el ceñidor, y bajo el manto esconded la espada, de buen filo tajador. De esta guisa ante las cortes comparecer quiero yo, para pedirles justicia y exponerles mi razón. Si algún desafuero traman los infantes de Carrión, donde tenga mis cien hombres podré estarme sin temor.

Todos se atavían como aconsejara Mio Cid, y éste se acicala con especial cuidado, vistiendo calzas de paño fino, con zapatos ricamente labrados, una camisa de ranzal, blanca como el sol, con presillas de oro y plata, un rico brial de ciclatón y, encima, una piel bermeja, con franjas doradas, que acostumbra llevar en ocasiones solemnes. Los cabellos, los cubre con una cofia de finísimo lino, tramado de hilos de oro, y la luenga barba se recoge y ata con un cordón, a fin de que nadie pueda mesársela.

Luego, seguido de los cien caballeros que ha designado, monta a caballo y, saliendo del castillo de San Servando, se encamina hacia las cortes.

CAPITULO VIII

Al entrar en las cortes Mio Cid, rodeado de sus cien caballeros, el rey y todos los suyos se pusieron en pie, para recibir con la honra que merecía al Campeador. Solamente el conde don García y los demás

partidarios de los condes de Carrión han permanecido sentados. Pero don Alfonso, sin cuidar de ellos, toma de las manos a Mio Cid y le dice:

—Tomad asiento conmigo, Ruy Díaz el Campeador, aquí, en este mismo escaño de que vos me hicisteis don; aunque a algunos les pesare, más que ellos valéis vos.

Pero Mio Cid, dándole rendidamente las gracias, rehusa el honor y dice:

—Sentad solo en vuestro escaño, cual rey y señor que sois; aquí a un lado, con los más, prefiero quedarme yo.

Y, haciendo como dice, siéntase en un escaño aparte, rodeado siempre de los suyos y contemplado por todos, que no se cansan de admirar su majestuosa apostura, mientras los dos infantes tratan de disimular su confusión y ansiedad.

Ya todos sentados y en su lugar, el rey se puso en pie y habló así:

—¡Oídme, mesnadas y caballeros, y que os ampare el Señor! Desde que ceñí la corona, cortes tan sólo hice dos: las unas fueron en Burgos, y las otras en Carrión; esta tercera en Toledo vine a celebrarla hoy por amor de Mio Cid, el que en buen hora nació, a fin de que le hagan justicia los infantes de Carrión, que, como todos sabéis, le hicieron gran deshonor. Jueces han de ser los condes don Enrique y don Ramón, y los condes que del bando de los infantes no son. Poned bien mientes en todo, fijad bien vuestra atención, y haced justicia a quien fuere, que justicia quiero yo. Que haga ahora su demanda Mio Cid el Campeador y veremos qué responden los infantes de Carrión.

Mio Cid se pone entonces en pie y, luego de besar la mano al rey, dice:

Por convocar estas cortes os doy las gracias, señor,

y jamás podré olvidar lo que debo a vuestro amor. Juzgad mi demanda ahora contra los dos de Carrión. Que a mis hijas abandonaran no tengo por deshonor, que vos las casasteis, rey, y el agravio os toca a vos. Pero, al llevárselas ellos de Valencia la mayor, como quería a mis yernos con alma y con corazón, mis dos espadas mejores, ganadas en lid las dos, Colada y Tizona, ambas relumbrantes como el sol, a uno y otro les dí, en prueba y señal de amor, por que con ellas se honrasen y os sirviesen, rey, a vos. Mas si mis hijas dejaron y rechazaron su amor, vuélvanme mis dos espadas, que mis yernos ya no son.

Los jueces encontraron muy puesta en justicia la demanda de Mio Cid, y los partidarios de los infantes de Carrión, retirándose aparte y luego de deliberar entre sí, decidieron acceder a ella, muy contentos de que no les pidiera cuentas por la afrenta de Corpes y esperando que, una vez entregadas las espadas, el Campeador se daría por satisfecho y se retiraría de las cortes.

Desenvainaron, pues, las dos espadas don Fernando y don Diego y las pusieron en manos del rey para que éste las devolviese a su dueño. De oro puro son los pomos y los gavilanes de Colada y de Tizona, y tan brillantes sus hojas, que toda la corte pareció iluminarse con su fulgor.

Mio Cid, luego de besar nuevamente las manos del rey, tomó las espadas y, volviéndose a su escaño, las contempló largo rato, brillándole en el rostro la alegría. Luego, acariciándose la barba, dijo para sí:

—Yo juro por estas barbas, que nadie nunca mesó, que pronto quedaréis vengadas, doña Elvira y doña Sol.

Y, llamando a su sobrino don Pero, le entregó Tizona, diciéndole:

—Tomadla, sobrino mío, que va ganando en señor.

Y, llamando luego a Martín Antolínez, el burgalés de pro, le entregó Colada, con estas palabras:

—Martín Antolínez, de mis buenos vasallos el mejor, recibid vos esta espada, ganada en buena lid a buen señor. Digno sois de tenerla, y sé que en toda ocasión habréis de ganar con ella gran prez y honor. Luego, volviéndose hacia el rey, añade:

Gracias al Creador y a vos, mi rey y señor, en esto de las espadas tuve ya satisfacción. Pero otra queja aún me queda contra los de Carrión. Cuando a mis hijas sacaron de Valencia la mayor, en oro y plata les dí tres mil marcos a los dos, que ellos de pagarme hubieron como ya conocéis vos. Vuélvanme, pues, mis dineros, que ya mis yernos no son.

Los infantes tratan de rehuir el pago, pero el conde don Ramón, en nombre de los jueces, les condena a devolver lo recibido, y el rey confirma el fallo. Como los infantes han malgastado ya aquellos dineros, y las cortes les obligan a pagar en especie, no tienen más remedio que vender parte de sus bienes, y completar la cantidad en caballos, palafrenes, mulas, espadas y jaeces, y otros muchos objetos de valor, que los jurados van tasando y entregando a Mio Cid.

Mohinos han quedado los infantes, pero aún no terminaron sus cuitas. Pues Mio Cid torna a ponerse en pie y dice:

—¡Merced, mi rey y señor, por amor de caridad! Que aún el agravio mayor me queda por declarar. ¡Oídme la corte entera y doleos de mi mal! Los infantes de Carrión me quisieron deshonrar: sin retarlos a combate no los puedo yo dejar. ¿Qué os hice yo, decidme, infantes de Carrión? ¿Cuándo en burlas ni en veras os ofendí nunca yo? ¿Para desgarrarme el alma cuál era vuestra razón? Al marcharos de Valencia mis hijas os confié yo, y de riquezas y honores os colmé siempre a los dos. Si no las queríais ya, ¿a qué tamaña traición? ¿Por qué fuisteis a sacarlas de Va-

lencia la mayor? ¿Por qué las heristeis luego con cincha y con espolón? En el robledal quedaron doña Elvira y doña Sol, a la merced de las fieras y las aves del Señor. De acción tan vil la mancilla cubrirá siempre a los dos. Ahora, que esta corte os juzgue si no dais satisfacción.

Apenas ha acabado de hablar cuando el conde don García, levantándose airadamente de su escaño, clama:

—¡Merced, buen rey y señor, el mejor de toda España! Para estas cortes el Cid urdió bien sus artimañas. Tanto la dejó crecer, que muy luenga trae la barba, mas poco habrán de servirle ni ella ni sus bravatas. Los infantes de Carrión son de una sangre tan alta, que no les cumplen las hijas del Cid ni cual barraganas. Bien hecho está lo que hicieron, y están bien abandonadas. De cuanto el Cid aquí dijo, nada de ello vale nada.

El Campeador, entonces, echándose mano a las barbas, dice:

—¡Alabado sea el Señor que en tierra y cielo manda! Son luengas porque con mucho regalo fueron criadas. ¿Qué tenéis vos, conde, que echar en cara a mi barba? Ningún hijo de mujer se atrevió nunca a tocarla, ni me la han mesado hijos de moras ni de cristianas, como yo mesé la vuestra en el castillo de Cabra. No hubo rapaz allí que de ella no os tirara, y de la que os arranqué, aún se os nota la falta; aquí la traigo conmigo, en esta bolsa guardada.

El infante don Fernando, sin poder ya contenerse, se levanta dando voces descompasadas y, encarándose con Mio Cid, le dice:

—¡Basta de razones vanas y acabemos de una vez con la cuestión! El dinero que nos disteis, ya, Mio Cid, se os devolvió, y antes de él las esposas que por vos el rey nos dió. De muy alto linaje somos los infantes de Carrión, y hemos de casar con hijas de rey o de em-

perador. Que no crezca más el pleito que hay entre nosotros dos; a vuestras hijas dejamos con derecho y con razón, y hoy valemos más que antes, no menos, Campeador.

Mio Cid se vuelve hacia Pero Bermúdez, su sobrino, al que poco antes entregara su espada Tizona, y le dice:

—Habla tú ahora, Pero el mudo, varón que tanto callas. Que si ellas son hijas mías, tuyas son primas hermanas; lo que me dicen a mí, a ti te hiere en la cara. Si soy yo quien les contesto, no podrás ya entrar en armas.

Pero Bermúdez entonces, tan taciturno de suyo, comenzó a hablar trabajosamente. Al principio, se le traba un poco la lengua, pero, una vez que ha empezado, diríase que no ve ya el modo de terminar.

—Vos, Cid, siempre el mudo me habéis querido llamar. Como sabéis, cosa es esa en que yo no puedo más; pero si hay algo que hacer, ya sabéis que por mí no quedará. Mientes, infante Fernando, en eso que fuiste a hablar. Gracias a Mio Cid Ruy valías tú mucho más. Ahora tus tretas y mañas aquí las voy a contar. Recuerda cuando en Valencia tuvimos con el moro que luchar. El honor de ser primero le pediste al Cid leal, y al primer moro que viste te arrancaste a atacar, mas en llegando a las manos sólo supiste escapar; mientras yo embestía al moro bien te quedaste tú atrás, pero, cuando te di su caballo, ya lo supiste tomar, y de aquel hecho de armas ante el Cid y los demás como de proeza tuya bien te supiste alabar. Hasta este día de hoy no se lo dije a mortal, pero hoy lo digo ante todos por que sepan la verdad. En ti, aunque seas hermoso, pueden más miedo y maldad. Fernando, lengua sin manos, ¿cómo te atreves a hablar? A ti en persona te reto, porque eres malo y traidor;

delante del rey Alfonso quiero sostenerlo yo, por las hijas de Mio Cid, doña Elvira y doña Sol. Por haberlas escarnecido hoy menos valéis los dos, y aunque varones seáis y ellas dos mujeres son, de toda suerte y manera ellas valen más que vos. Cuando en el campo luchemos, con la ayuda del Creador en tierra daré contigo y tendrás que confesarte traidor. De todo lo que ahora he dicho la verdad defiendo yo.

El infante don Diego se levanta a su vez, y dice:

—Familia muy alta somos, y del linaje más limpio. ¡Ojalá estos casamientos nunca se hubieran cumplido, y con Mio Cid lazo alguno nos hubiese nunca unido! De abandonar a sus hijas aún no nos arrepentimos; mientras que vida les quede les quedarán los suspiros, y en cara les echarán la afrenta que les hicimos. Lo que digo sostendré en contra del más ardido, que por haberlas dejado muy honrados nos sentimos.

Martín Antolínez se pone entonces en pie, y así reta al infante:

—¡Calla, alevoso, calla, que eres boca sin verdad! El lance aquel del león no se te debe olvidar, cuando, lleno de susto, fuiste a esconderte en el corral, y de sucios ya no te sirvieron ni el manto ni el brial. Yo en la lid lo mantendré, y así no habrá de quedar. Y cuando acabe la lucha por tu boca lo dirás, que eres traidor y embustero, y no dijiste verdad.

En este momento entra Asur González, deudo de los infantes, el brial y el manto de armiño arrastrando por tierra y encendida la faz, como quien viene de almorzar copiosamente. Acudiendo en defensa de su pariente, clama iracundo:

—¿Cómo, mis nobles señores, podéis oír cosa tal? ¿Qué hemos salido ganando con Mio Cid el de Vivar? Váyase ya al río Ubierna sus molinos a cuidar, y a cobrarse él las moliendas como acostumbrado está.



—Gracias al rey de los cielos, mis hijas vengadas son;
limpias están ya de afrenta y reparado su honor.

¿Por qué pretendió a sus hijas con los de Carrión casar?

Pero, Muño Gustioz le interrumpe a su vez:

—¡Calla, Asur González, hombre alevoso y traidor! Que primero bien almuerzas y luego vas a oración, de modo que los que besas bien te sienten el olor. Nunca dijiste verdad ni al amigo ni al señor; y el que en ti tuvo confianza siempre burlado salió. A lid yo te reto ahora, y en mi espada fío para darme la razón.

Ya se levanta el rey para poner fin a la discusión y concertar el encuentro, cuando hacen su entrada en la corte dos enviados del infante de Navarra y del de Aragón, el uno Ojarra llamado, Iñigo Jiménez el otro, que en nombre de sus señores, y con la venia del rey de Castilla y de León, vienen a pedir a Mio Cid sus hijas para ser reinas de Navarra y Aragón, considerando una gran honra el tenerlas por esposas. El Cid se levanta de nuevo y declara:

—Gran honra me hacen los reyes de Navarra y de Aragón, y gracias les doy a ellos y con ellos al Creador. Mas vos casasteis mis hijas, rey Alfonso, que no yo, y en vuestras manos, oh rey, vuelvo a poner a las dos.

Don Alfonso contesta entonces:

—Que aceptéis, Mio Cid, os ruego con alma y con corazón. Bodas son éstas, Ruy Díaz, que os darán tierras y honor.

Mio Cid se llega hasta el rey, le besa una vez más las manos, y responde:

—Si a vos os agrada así, a mí me place, señor.

El rey concede entonces la mano de doña Elvira y doña Sol a los infantes de Navarra y Aragón, se cambian las promesas y juramentos de rigor por boca de sus enviados; y, en seguida, pasa a concertar la triple lid, puesto que tres han sido los retos, dispo-

niendo que el encuentro tenga lugar al amanecer del día siguiente: Los infantes se excusan de ello, alegando que se encuentran sin armas y sin caballos, por haberlos entregado al Campeador, y proponen que la lucha tenga lugar en sus tierras de Carrión. Mio Cid se niega, a su vez, a ello, y para poner fin a la cuestión don Alfonso declara que dentro de tres semanas se verificará el encuentro en las vegas de Carrión, debiendo ser declarado vencido y traidor el que no acudiere en ese plazo a la lid. Luego, volviéndose hacia Mio Cid, le ruega que le confíe a sus caballeros, los que han de tomar parte en la lucha, prometiéndole que él los tomará bajo su protección y garantizando que no les ocurrirá daño alguno.

Mio Cid acepta, y luego, quitándose de la cabeza el capillo, suelta sus barbas, desatando el cordón que las sujetaba, ante la admiración y el suspenso de todos los señores de la corte, que no se hartaban de mirarle.

Luego, como era hábito de su gran largueza, hace ricos presentes a todos y colma de regalos al rey y a los enviados de Navarra y de Aragón, que tornan en seguida a sus reinos.

Acompañando va ya a Mio Cid don Alfonso, con toda su corte, en honra de despedida, cuando al llegar al Zocodover, en las afueras de Toledo, el rey, que ha oído hablar maravillas del caballo de Mio Cid, le ruega que lo haga correr en su obsequio.

Mio Cid, sonriente, obedece, y picando espuelas a Babieca le hace dar tal carrera que todos quedan asombrados. En seguida, Mio Cid se acerca al rey y le dice:

—Cabalgar me mandasteis a Babieca, el buen corredor; ni moros ni cristianos caballo así tienen hoy; permitidme que os lo ofrezca; mandad tomarlo, señor.

Pero don Alfonso rehusa galanamente el regalo:

—Si el caballo yo tomase, Cid, iría perdiendo en señor. Un corredor como éste cumple a un varón como vos, para luchar contra moros y servir al Creador. Por vos y por el caballo, honrado me tengo yo.

Ya Mio Cid se ha despedido de don Alfonso y se vuelve la corte a Toledo, cuando, quedando a solas con los caballeros que han de sostener el reto y permanecer bajo la custodia del rey hasta el momento del combate, el Campeador, al decirles adiós, les habla así:

—Oídme, tú, Pero Bermúdez, y tú, Muño Gustioz, y tú también, Martín Antolínez, el burgalés de pro; firmes estad en el campo, como cumple a buen varón; que buenas noticias vuestras en Valencia tenga yo.

Martín Antolínez responde, en nombre de los tres:

—Estad tranquilo, señor: como buenos cumpliremos la misión. Quizás os hablen de muertos, pero de vencidos no.

Alégrase en el corazón Mio Cid de la respuesta, y despidiéndose de sus caballeros se aleja con su séquito camino de Valencia, mientras aquéllos se vuelven a Toledo.

CAPITULO IX

Al cumplirse las tres semanas del plazo, los tres caballeros de Mio Cid volvieron a presentarse en el lugar señalado por el rey don Alfonso, y dos días esperaron a que apareciesen los infantes de Carrión.

Estos llegaron con gran golpe de sus gentes, acompañados de todos sus deudos y bien provistos de armas y cabalgaduras. Cariacontecidos andaban los infantes, temiendo los resultados del encuentro, y por un momento pensaron y hasta urdieron con sus más allegados el llevar aparte, con cualquier treta, a los tres li-

diadores de Mio Cid y, tomándolos desprevenidos, darles muerte alevosa. Pero ninguno de ellos se atrevió a llevar a cabo tal desafuero, que el rey amparaba a los tres caballeros y no habría dejado sin castigo a los malhechores.

Los caballeros del Cid pasaron la noche velando las armas, y al primer albor de la aurora aparecieron en el campo elegido para la lid. Montan buenos caballos, fuertes y corredores, y las sillas han santiguado para que Dios los ayude. Del cuello llevan colgado el bruñido escudo, y empuñan lanzas de hierros buídos, con sendos pendones. Los infantes, cada vez más pesarosos del trance en que su mala acción los ha metido, tratan de hacer excluir del combate las dos espadas famosas, Colada y Tizona, pero el rey denegó la petición, y los jueces, nombrados por don Alfonso para que decidan la lucha, delimitaron el campo, con mojones, previniendo a los lidiadores que el que saliere del espacio así marcado será declarado vencido. Grande es el gentío que se ha reunido para presenciar la lid; señores y pecheros han acudido de todo el contorno, y aun de apartados parajes. Todos despejan ahora el campo y quedan a seis lanzas de distancia de su confín.

Sorteados los campos, partido el sol por los jueces, a un lado y otro, frente a frente, quedan los dos bandos, cada uno midiendo a su adversario con la mirada. Antes de que se acometan, el rey, dirigiéndose a unos y otros, dice:

—Oídme bien lo que os digo, infantes de Carrión: esta lid debió de ser en Toledo, mas no quisisteis los dos; por eso a estos caballeros de Mio Cid el Campeador traje conmigo a estas tierras jurándoles protección. Luchad conforme a derecho, no pretendáis sin razón, que si alguien tuerto intentara, para impedirlo estoy yo, y reparo no hallaría ni en Castilla ni en León.

Apenas ha terminado, cuando los combatientes, embrazando los escudos y enristrando las lanzas, clavan la espuela a sus cabalgaduras y se arremeten con furia. Tal es el empuje de la acometida que la tierra parece temblar bajo los cascos de los caballos. A un tiempo casi tópanse ambos bandos y luchan con denuedo, sabiendo que sólo pueden fiar en el ardor y la fuerza de su brazo.

Pero Bermúdez, el que primero lanzó el reto en las cortes, se enfrenta con el infante don Fernando, cuya lanza le traspasa el escudo. Pero el golpe le ha dado en vacío, sin alcanzarle a la carne, y la lanza se le quiebra por dos puntos. Don Pero, que ni siquiera se ha tambaleado, contesta con otro golpe de su lanza que le pasa a don Fernando de parte a parte el escudo y en el pecho se le clava, muy cerca del corazón. Tres dobles de loriga lleva puestos el infante; los dos primeros se han roto, el tercero ha resistido, pero tan fuerte es el golpe, que la lanza con loriga y camisa por la carne se le ha entrado y por la boca empieza a echar mucha sangre. Al mismo tiempo se quiebran las cinchas y cae a tierra por la grupa del caballo. Todo el mundo que está en torno le da ya por muerto, y Pero Bermúdez, echando mano a la espada, se adelanta hacia él, cuando el infante, reconociendo a Tizona, sin esperar el golpe de gracia, confiesa: "¡Por vencido me doy!" Asienten los jueces, y allí terminó el cometido de Pero Bermúdez.

Martín Antolínez, en tanto, y el infante don Diego, se acometen con las lanzas, y tan recios son los golpes que ambas no tardan en quebrarse. Martín Antolínez desenvaina entonces la espada, de hoja tan límpida y clara que todo el campo relumbra. Del primer golpe que le descarga, le parte el yelmo y almófar, entrándole hasta la carne, y el casco rueda en pedazos por tierra. Al recibir el golpe, comprende don Diego que no po-

drá escapar con vida a Colada, y esquivando el segundo golpe, que sólo le da de plano, hace volver grupas a su caballo y sale despavorido del campo, clamando a voces: "¡Váleme, Dios glorioso; sálvame, Señor, de esta espada!" El rey, entonces, grita a Antolínez: "¡Venid acá, don Martín, que con lo hecho tenéis ya la lid ganada!" Y los jueces confirman el decir del rey.

Entretanto, Muño Gustioz ha arremetido impetuosamente contra Asur González. Uno y otro se golpean con furor los escudos. Asur González, que es hombre fornido y bravo, traspasa el escudo de Muño y le quiebra la armadura, pero sin llegarle a las carnes. La lanzada con que contesta Muño Gustioz atraviesa por el centro el escudo de Asur González y, clavándosele en el pecho, por el lado opuesto al corazón, la lanza le asoma más de un palmo por las espaldas. Al tirar de ella, la lanza y el pendón salen tintos en sangre y Asur González rueda a tierra. Todos le suponen herido de muerte y Muño Gustioz, afirmando la lanza, se apresta a rematarlo, cuando el padre del infante se adelanta y clama: "¡No lo matéis, don Muño, por amor del Creador! Vencido quedó en el campo, acabe ya la cuestión". Los jueces dicen: "Esto oímos", y el rey manda despejar el campo.

Grande es la pesadumbre de las gentes de Carrión; grande también el júbilo de los caballeros de Mio Cid. Con ellos se huelga en su corazón el rey don Alfonso, pero temiendo les hagan algún desaguisado los vasallos de los vencidos, los hace salir de noche y con gran sigilo.

Caminando día y noche llegaron al fin a Valencia, donde Mio Cid los recibe con grandes muestras de gozo. Acariciándose la barba, así dice Ruy Díaz:

—Gracias al Rey de los cielos, mis hijas vengadas

son; limpias están ya de afrenta y reparado su honor. Pese a quien pese, casadas volverán a estar las dos.

A un tiempo se celebraron en la ciudad los festejos en honor de los vencedores y el anuncio de las nuevas bodas de las hijas de Mio Cid. Inmediatamente comenzaron los tratos con los reyes de Navarra y Aragón, y todos los interesados tuvieron una reunión, que presidió el rey don Alfonso.

Casadas de nuevo quedaban poco después doña Elvida y doña Sol. Si altas fueron las primeras bodas, mucho más altas aún hubieron de ser estas segundas, que hicieron de ellas las señoras de Navarra y de Aragón.

Ved cómo ha ido creciendo en honra Ruy Díaz el Campeador, que tiene ya por parientes a dos reyes de España, que lo tienen a gran honor.

Pasan años y llega también la muerte para el que en buen hora nació. El día de Pascua ha muerto. ¡Cristo le dé su perdón!

¡Así nos perdone a todos, al justo y al pecador!
Estas fueron las hazañas de Mio Cid el Campeador.
En llegando a este lugar acabó ya esta canción.

GLOSARIO

ADOBADA: dispuesta, a punto.

ALCÁNDARA: percha o varal donde se ponían las aves de cetrería.

ALCATIFAS: tapetes o alfombras finos.

ALGARA: tropa armada que salía a correr y saquear tierra enemiga, así como la correría realizada por dicha tropa.

ALMÓFAR: parte de la armadura, especie de capucha de malla sobre la cual se colocaba el capacete.

ALMOADES: secuaces de una secta musulmana que dió ocasión a que se fundase un nuevo imperio, con ruina del de los almorávides.

ALMORÁVIDES: pertenecientes al imperio almorávid, fundado por una tribu guerrera del Atlas, que llegó a dominar el norte de Africa y toda la España árabe durante una época.

ALMOZALA: cobertor de cama.

ALMUNIA: huerto, granja.

AÑAFIL: trompeta morisca.

ARDIDO: valiente, intrépido.

ARREOS: vestiduras, atavíos y también los jaeces de las caballerías.

ATALAYA: punto de vigía, natural o artificial, y el hombre que vigila desde él.

ATAMBOR: tambor.

BELLIDA: bella, agraciada, hermosa.

CAPILLO: capacete, parte de la armadura que protege la cabeza.

CÁRCAVA: foso.

CAUDAL: (enseña caudal) la principal, la más importante; o sea, en esta ocasión, la del Cid.

CERRAR: acometer, embestir (cuando va acompañado de *con* o *contra*).

CICLATÓN: tela de seda y oro, y también vestidura que se hacía con ella.

CIZAÑEROS: que meten cizaña (lo que en la época del Cid, en el castellano primitivo, se llamaba *mestureros*: delatores, los intrigantes de la corte que iban al rey con cuentos y delaciones).

COMBATE SINGULAR: el que tenía lugar entre dos contendientes para dirimir una cuestión de índole general, representando cada uno a la parte respectiva.

CONDUMIO: manjar, comida.

DUCA: el que guía o conduce, en calidad de jefe o caudillo supremo.

ESQUILA: campana.

ESTOFAS: telas ricas, generalmente de seda.

GONELA: túnica de seda o piel, generalmente sin mangas, lo mismo masculina que femenina.

GUALDRAPA: cobertura que cubre y adorna las ancas de la cabalgadura.

JUGAR LAS ARMAS: hacer juegos de destreza con las armas, manejándolas en lucimiento.

JUSTAR: de justa: torneo o juego de a caballo para acreditar la destreza en las armas (también combate singular, a caballo y con lanza).

MESNADA: compañía de gente de armas bajo el mando del rey o de un rico hombre o caballero principal.

ORMESÍ: tela fuerte y rica de seda.

PALAFRÉN: caballo manso y de lujo, más generalmente para el uso de las damas.

PARIAS: tributo pagado a un superior (generalmente de un príncipe a otro más poderoso) en señal de vasallaje.

PECHERO: plebeyo, por contraposición a noble, y por extensión el que paga tributo a otro.

PELLIZA: prenda de abrigo hecha o adornada con pieles.

POSAR: descansar, asentarse, albergarse.

PREZ: fama, gloria, honor que se adquiere con grandes acciones.

PRO: (hombre de pro): el de bien, de provecho.

RANZAL: tela de hilo.

RAYA: término, confín o límite.

REPARO: refugio.

RICOHOMBRES O RICOSHOMBRES: los que pertenecían a la nobleza española de primera clase.

ROTA: derrota.

TENDAL: palo que sostiene la tienda de campaña.

TORNADA: la vuelta de la arremetida que hacía el guerrero a caballo, al arremeter de nuevo en sentido contrario.

TUERTO: agravio, sinrazón o injuria que se hace a uno.

VENIA: permiso, autorización.

VISTAS: acción de índole judicial, con comparecencia ante un tribunal o su semejante, para dirimir una cuestión. También, encuentro solemne de dos partes, en ocasión señalada.

YACIJA: lecho o cama.

YANTAR: comer, y comida (más generalmente la del mediodía).

INDICE

CANTAR SEGUNDO

Las bodas de las hijas del Cid

PÁG.

CANTAR TERCERO

La afrenta de Corpes

PÁG.

BIBLIOTECA BILLIKEN

CON las publicaciones de esta Biblioteca realiza la Editorial Atlántida un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentran siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de esta famosa BIBLIOTECA JUVENIL se distribuyen en tres colecciones: 1ª, COLECCION ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2ª, COLECCION VERDE: vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3ª, COLECCION AZUL: obras, hechos y hombres de América.

COLECCION ROJA

1. LA ILIADA (de Homero) Adapt. de Lauro Palma
2. LA ODISEA (de Homero) Adapt. de Lauro Palma
3. EL RAMAYANA (de Valmiki) Adapt. de Lauro Palma
4. LA ENEIDA (de Virgilio) Adapt. de E. Pérez Mariluz
5. POEMA DEL CID Adapt. de Ricardo Baeza
6. LA CANCION DE ROLDAN Adapt. de Angel J. Battistessa
7. LA DIVINA COMEDIA (de Dante) Adapt. de Lauro Palma
8. DON QUIJOTE (de Cervantes) Adapt. de Clemente Cimorra
9. LA ARAUCANA (de Ercilla) Adapt. de E. Pérez Mariluz
10. TRES OBRAS DE SHAKESPEARE Adapt. de Baltasar Miró
11. TRES OBRAS DE CALDERON Adapt. de Juan Paredes
12. TRES OBRAS DE LOPE DE VEGA Adapt. de Angustias Garcés
13. TRES COMEDIAS DE MOLIERE Adapt. de Javier Farias
14. TRES OBRAS DE SCHILLER Adapt. de Pablo Miranda
15. EL ANILLO DEL NIBELUNGO (de Wagner) Adapt. de Angélica Mendoza
16. LA FERIA DE LAS VANIDADES (de W. Thackeray) Adapt. de Javier Farias
17. TARAS BULBA (de Gogol) Adapt. de Ricardo Arias
18. GIL BLAS DE SANTILLANA (de Le Sage) Adapt. de Juan G. Olmedillo
19. IVANHOE (de Walter Scott) Adapt. de Angustias Garcés
20. EL JINETE SIN CABEZA (de Mayne Reid) Adapt. de Enrique Astibia
21. LA CARTUJA DE PARMA (de Stendhal) Adapt. de Francisco Ayala
22. OLIVERIO TWIST (de Dickens) Adapt. de Juan Caramiñas
23. VIAJES DE GULLIVER (de J. Swift) Adapt. de Rafael Dieste
24. LA PIEL DE ONAGRO (de Balzac) Adapt. de Francisco Ayala
25. LA CABAÑA DEL TIO TOM (de E. Stowe) Adapt. de Carmen Pomés
26. AMADIS DE GAULA Adapt. de E. Pérez Mariluz
27. 350 POESIAS PARA NIÑOS Por diversos autores
28. CUENTOS DE TOLSTOI Adapt. de Juan de Plasencia
29. CUENTOS DE OSCAR WILDE Adapt. de Rafael Dieste
30. VIAJES DE SIMBAD EL MARINO Adapt. de A. Serrano Plaja
31. TARTARIN DE TARASCON (de A. Daudet) Adapt. de Rafael Dieste
32. EL CONDE LUCANOR (de Don Juan Manuel) Adapt. de Rafael Dieste
33. EL TONELERO DE NUREMBERG (de Hoffman) Adapt. de Rafael Dieste
34. FABULAS DE IRIARTE (de Tomás de Iriarte)

COLECCION VERDE

1. GRANDES MUSICOS Por A. Larrán de Vere
2. GRANDES PINTORES Por Celso Cruz
3. GRANDES INVENTORES Por Celso Cruz
4. GRANDES POETAS Por A. Serrano Plaja
5. INFANCIA DE GRANDES HOMBRES Por E. Carrió
6. HEROES DE LA CIENCIA Por Celso Cruz
7. MADRES DE GRANDES HOMBRES Por E. Carrió
8. LEONARDO DE VINCI Por L. Alvarez de Toledo
9. SANTA TERESA Por Lauro Palma
10. SANTA TERESITA DEL NIÑO JESUS Por Mons. Dr T J. Solari
11. SAN FRANCISCO DE ASIS Por A. Larrán de Vere
12. SAN IGNACIO DE LOYOLA Por José Barbanza
13. LOS REYES CATOLICOS Por A. G. Usón
14. GRANDES FIGURAS DE GRECIA (según Plutarco) Por A. Serrano Plaja
15. GRANDES FIGURAS DE ROMA (según Plutarco) Por A. Serrano Plaja
16. VIAJES DE MARCO POLO Por Juan Caramiños
17. LOS HEROES DEL AFRICA MISTERIOSA Por Santiago Orfila
18. CRISTOBAL COLON Por Lauro Palma
19. CABEZA DE VACA Por Clemente Cimorra
20. HERNAN CORTES Por Carmen Pomés
21. MAGALLANES Por Lauro Palma
22. LIVINGSTONE Por Lauro Palma
23. JUANA DE ARCO Por José Barbanza
24. MARIA CURIE Por Jaime Espinar
25. PASTEUR Por Celso Cruz
26. MAHOMA Por José Clemente
27. CARLOS V Por Edmundo Bianchi
28. NAPOLEON Por A. G. Usón
29. CROMWELL Por Mariano Perla
30. ENRIQUE VIII Por Angustias Garcés
31. CARLOMAGNO Por Angustias Garcés
32. PEDRO EL GRANDE Por R. Díaz-Alejo
33. MARIA ANTONIETA Por María Gracia
34. QUEVEDO Por Clemente Cimorra
35. MARIA ESTUARDO Por Rosa Canto
36. GRANDES SABIOS Por Luis M. de Cádiz
37. HEROES DEL TRABAJO Por Lauro Palma

COLECCION AZUL

1. EL ABUELO INMORTAL Por Arturo Capdevila
2. MARTIN FIERRO (de Hernández) Adapt. de A. Larrán de Vere
3. FAUSTO (de E. del Campo) Adapt. de Lauro Palma
4. EL ULTIMO MOHICANO (de Fenimore Cooper) Adapt. de José Clemente
5. WASHINGTON Por E. Nicola Siri
6. REMEDITOS DE ESCALADA Por Arturo Capdevila
7. AVENTURAS DE HUCK FINN (de Mark Twain) Adapt. de Celso Cruz
8. AVENTURAS DE TOM SAWYER (de Mark Twain) Adapt. de Angélica Mendoza
9. NARRACIONES EXTRAORDINARIAS (de Edgar Poe) Adapt. de Juan Paredes
10. LA GRAN ALDEA (de Lucio V. López) Adapt. de Enrique Astibia
11. LA CONQUISTA DEL PERU (de Guillermo Prescott) Adapt. de Alfredo Monte
12. LOS SERTONES (de E. Da Cunha) Adapt. de E. Pérez Mariluz
13. LOS INCAS (del Inca Garcilaso de la Vega) Adapt. de E. Pérez Mariluz
14. FUNDACION DE LAS CAPITALES ARGENTINAS EN EL SIGLO XVI Por Fermín V Arenas Luque
15. EL RASTREADOR Por A. Larrán de Vere
16. LOS PIELES ROJAS Por Mariano Perla
17 LOS NEGROS EN AMERICA Por Elsa Brunelli
18 TEATRO INFANTIL Por Margarita Rothkopf
19. EL NIÑO POETA Por Arturo Capdevila
20. FAR WEST Por Clemente Cimorra
21. LINCOLN Por Lauro Palma
22. SAN MARTIN Por A. Larrán de Vere
23. SIMON BOLIVAR Por Lauro Palma
24. JUAREZ Por Alfredo Monte
25. BUCHARDO Por E. Nicola Siri
26. LINIERS Por A. Larrán de Vere
27. FRANKLIN Por A. Larrán de Vere
28. MIRANDA Por Lauro Palma
29. BELGRANO Por A. Larrán de Vere
30. SARMIENTO Por A. Larrán de Vere
31 LA INFANTA MENDOCINA Por Arturo Capdevila
32. SANTA ROSA DE LIMA Por Luis M. de Cádiz
33. JUVENILIA Por Miguel Cané
34 HEROES DEL TRABAJO EN LA ARGENTINA Por A. Larrán de Vere
35. MARIANO MORENO Por A. Larrán de Vere
36. JOSE MARTI Por Clemente Cimorra
37. RIVADAVIA Por A. Larrán de Vere
38. GUEMES Por A. Larrán de Vere
39. EDISON Por I. Covarrubias

ATLANTIDA